

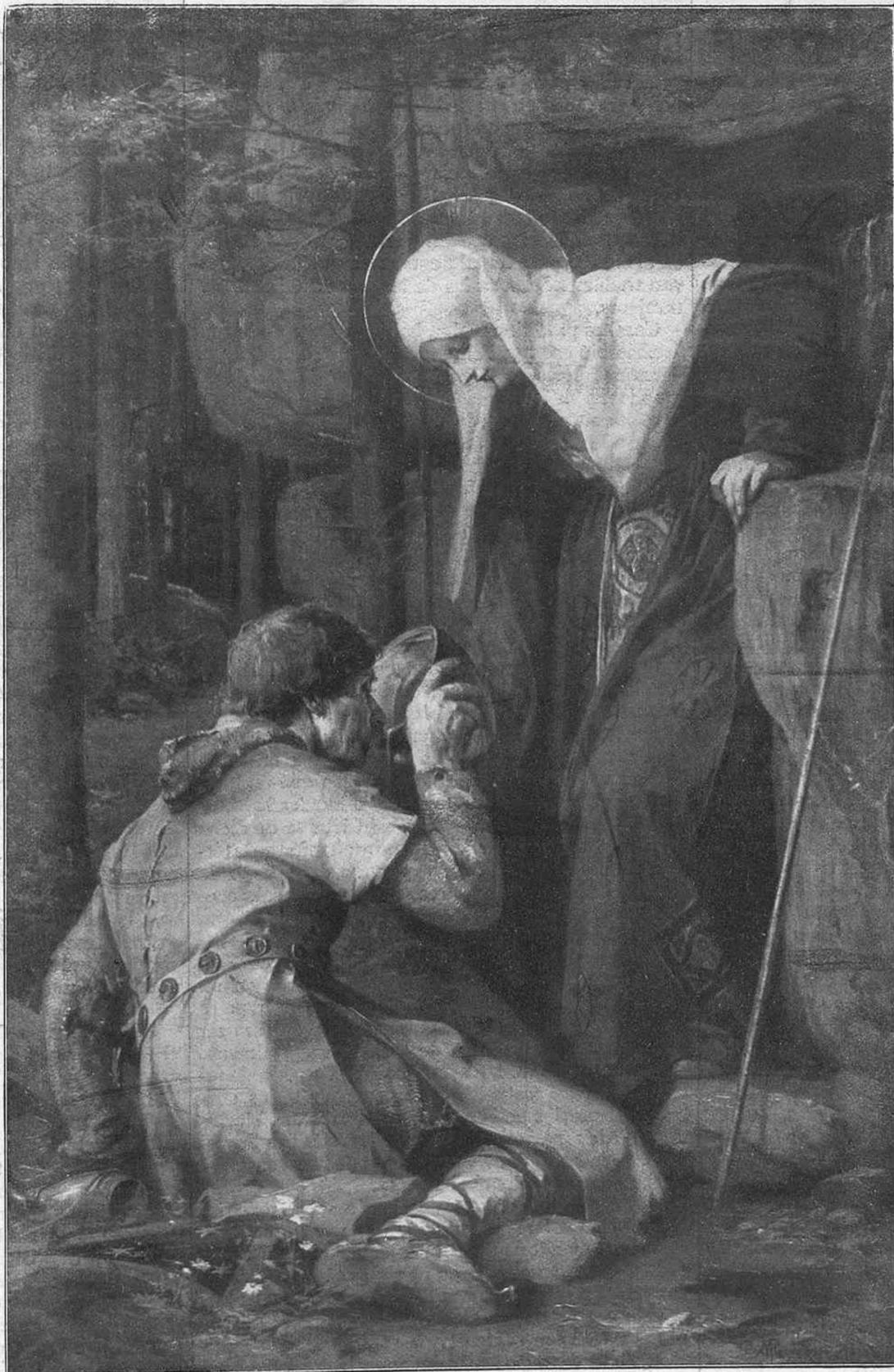
# La Ilustración Artística



AÑO XXIX

BARCELONA 5 DE DICIEMBRE DE 1910

NÚM. 1.510



SANTA ODILIA, cuadro de Martín Feuerstein

## SUMARIO

**Texto.**—*De Barcelona. Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *El retrato*, cuento de Enrique Datin. — *Buenos Aires. Exposiciones del Centenario.* — *El notable dibujante Narciso Méndez Bringa.* — *El rey D. Alfonso XIII en Sevilla.* — *El ministro de Fomento en Cataluña.* — *Buenos Aires. La exposición industrial*, por R. Monner Sans. — *Octavio Chanutte.* — *Barcelona. La V-Semana Social.* — *Constantinopla. El monumento a la Libertad.* — *México. Exposición de arte español.* — *La madre patria* (novela ilustrada; continuación). — *El maestro Franz Lehar.* — *Libros enviados a esta redacción.*

**Grabados.**—*Santa Otilia*, cuadro de Martín Feuerstein. — Dibujo de Mas y Fontdevila, ilustración al cuento *El retrato.* — *Inspiración*, escultura de A. Vermare. — *El Amor junto a la fuente de la Vida*, cuadro de J. Segantini. — *Narciso Méndez Bringa y dibujos de este artista premiados con segunda medalla en la última exposición de Madrid.* — *Llegada del rey D. Alfonso XIII a Sevilla.* — *Imposición de la corbata de San Fernando al regimiento de caballería de Alfonso XII.* — *Edificio de la Estación Enológica de Reus.* — *El ministro de Fomento visitando el pantano de Riudecanyas.* — *Buenos Aires. La Exposición Industrial* (cinco fotografías). — *México. Exposición de arte español. Vista de dos salas.* — *Buenos Aires. La exposición de Bellas Artes* (cinco fotografías). — *Octavio Chanutte.* — *Barcelona. Sesión inaugural de la V-Semana Social.* — *Monumento a la Libertad en Constantinopla.* — *El maestro Franz Lehar.* — *Frescos de P. P. Montaña.*

## DE BARCELONA.—CRÓNICAS FUGACES

La muerte de Raimundo Casellas, víctima de un accidente desgraciado sobre la línea del ferrocarril, cerca de la estación de San Juan de las Abadesas, constituye una pérdida de mucha monta para la cultura catalana. No; no se trata de repetir la frase de costumbre, de insistir en el viejo tópico. Talentos como el de Casellas entran muy pocos en libra. Todavía son más raros los ejemplos de una capacidad aprovechada pacientemente, perseverantemente, como la suya, para que rinda su fruto, sin dilapidarlo en aplicaciones incongruentes ó poco meditadas. Hizo de sus facultades un uso por el cual fué merecedor de poseerlas. Se dedicó de una manera insistente a la crítica de arte; «profesó» la crítica de arte, en el verdadero sentido de la palabra, como vocación de su espíritu, como eje de su personalidad intelectual, sin intermitencias, sin veleidades, por más de veinte años, hasta el punto de ser su labor un verdadero índice de la pintura y escultura catalanas y aun españolas en general, durante el período á que me refiero.

Casellas representa con respecto á las artes gráficas lo que Ixart representó con respecto á las letras. Y ciertamente no existe hoy un crítico literario en toda España que suponga lo que Casellas suponía dentro de su esfera de acción: el criterio seguido, la periodicidad, la presencia indefectible de su opinión en todos aquellos instantes y ocasiones que requieren un comentario, un grito de pasión ó una ironía. Hay que acudir á las costumbres periódicas de otros países, como Francia ó Inglaterra, para encontrar en el sentido de la regularidad y de la atención sistemática, ejemplos de un magisterio semejante. También sería preciso acudir allí para encontrarlos de un crítico de arte que, al mismo tiempo, fuese un escritor, un literato tan poderoso.

Un literato que transportaba á la literatura todo el plasticismo de las artes visuales, que invadía á menudo el reino autónomo y privativo de esas artes, sugiriendo con palabras muchos temas reservados exclusivamente á la paleta ó al bñril, de idéntica manera que ciertos pintores parecen invadir los dominios de la poesía ó de la musicalidad, dando asunto «literario» más que pictórico, á sus creaciones. Su estilo era denso, fibroso, muscular, demasiado compacto, á veces. Se resentía, acaso, no de un excesivo retoque, sino de un excesivo esfuerzo de composición: estaba «demasiado bien.» Formaba parte de aquel grupo ó familia de estilos modernos, los realistas-sanguíneos, que alguien hace derivar de Diderot, así como los romántico-nerviosos proceden de Juan Jacobo. Tenía con frecuencia todo el cuño, todo el violento relieve de Taine en sus descripciones de cuadros ó manifestaciones gráficas. Cuidaba las transiciones y los enlaces; en fin, disponía y expresaba la crítica de manera que por sí misma formara ya una obra de arte y aun de artificio, como si el tratar de cosas bellas exigiese—yo creo que lo exige—una bella manera de decir y exponer.

De la crítica actual, concretada á la producción de sus contemporáneos, pasó al estudio de los antiguos y á la investigación de los orígenes de las artes catalanas en la Edad media, que produjo alguna conferencia memorable y el libro que todos conocen. De ahí á la labor del coleccionista—dibujos, estampas, curiosidades,—no hay paso alguno; y creó una magnífica colección que se trata de adquirir ahora para los Museos municipales. La historia de las manifes-

taciones gráficas tiene grandes conexiones con el Teatro; y había reunido también un copioso arsenal de documentos para la historia de los espectáculos públicos en Cataluña. Este objetivo le condujo como de la mano á penetrar en el mundo de los pintores, grabadores y proyectistas de todo género en el siglo XVIII, tan desdeñado é interesante como lo son siempre las decadencias, ó lo que toma por decadencia el período siguiente y que será, á su vez, materia de vindicación un poco más tarde... A esa curiosidad simpática obedecían los artículos, llenos de amenidad y sutileza, que iba publicando actualmente, sobre el taller de Viladomat, sobre la influencia artística de la dominación francesa en Barcelona por medio de Flaugier, sobre diversos temas de la misma índole.

¡Cuán doloroso que haya quedado todo eso en proyecto, á medio hacer, truncado por un accidente cuyo origen se remonta á la pasión de ánimo contraída durante la «semana trágica,» en un serio é inminente peligro! Entonces el vigoroso escritor de *Les multituds* (Las multitudes) pudo conocerla en su fase más terrible y amenazadora; y acaso nadie como él pudo escribir el cuadro literario de aquella conmoción, legándonos un documento, á la vez artístico y de historia, por el estilo de lo que fueron las reseñas de Claretie, ó *Les convulsions de París*, de Máximo Du Camp, respecto de la *Commune*.

Porque Casellas no se había limitado á la crítica y la investigación, ni siquiera al periodismo diario y absorbente, sino que había hecho obra de escritor, de creador puro, con esas *Multituds* y con su terrible y pavorosa narración *Els sots feréstechs*, en los cuales demostró unas intensas facultades imaginativas y un fuerte poder de evocación de las cosas más lóbregas de la conciencia y de la vida. Estas dos obras así como su colección de cuentos posterior á ellas, quedarán entre los libros más fuertes del moderno renacimiento catalán y aun se abrirán camino en el mundo pues actualmente andan traducidos y se van traduciendo en varios de los grandes idiomas extranjeros.

Casellas produjo mucho, habida cuenta de lo que le absorbió ese tonel sin fondo de las Danaides que llamamos periodismo y al cual hubo de fiar desde muy joven su existencia; pero ha muerto cuando en la cantera quedaba todavía una gran parte del filón y acaso lo mejor del filón; ya que se iba depurando y elevando cada día, renovándose cada día. Por todo ello su pérdida es una pérdida de verdad, no una frase retórica, según ya insinuaba al principio; y se comprende, por lo tanto, el duelo que causó la noticia de su inesperada defunción, á causa de un accidente que guarda cierta analogía con el que arrebató del mundo de los vivos, hace unos dos años, á Cástulo Méndes.

Por cierto que uno de los escritos póstumos de Casellas, que la prensa ha dado á conocer últimamente, se refería al monumento que acaba de inaugurarse en Barcelona á la memoria del Dr. Robert. En esas notas, que no pueden considerarse más que como apunte de ideas para un trabajo que no llegó á desarrollar, se desentrañan con la lucidez habitual á su malogrado autor, la intención latente de dicha obra escultórica y los méritos de inspiración y de técnica que la realzan, dignos en todo del talento de nuestro Llimona, que ha recibido los más calurosos plácemes.

La dedicación del monumento nació de un fervor político, hace ocho años, á raíz de la muerte del doctor Robert; corrió el peligro de convertirse en un acto de bandería ó de tendencia, pero el tiempo se ha encargado de eliminar las asperezas y de suavizar las hostilidades. El alma de Robert, esencialmente efusiva y generosa, ha triunfado de la pasión de un momento y ha acabado por imponerse á todos, amigos y adversarios de la causa que circunstancialmente hubo de representar, obrando desde la tumba con el dulce imperio de la simpatía que fué su constante distintivo, su excelencia más alta.

La humanidad, en el siglo pasado sobre todo, ha alterado los valores morales de una manera radical, apreciando y adorando al talento por encima de todas las cosas, hasta caer en el vicio del intelectualismo por el intelectualismo. Y, sin embargo, existe en la vida una fuerza, un factor que no nace del talento por sí solo, ni se suple con la sabiduría, ni es patrimonio exclusivo de los enérgicos y luchadores, sino que emerge del centro del alma en su esencia y unidad. Esa fuerza, ese factor, es la elevación de carácter á la cual suele corresponder, como distintivo el don de la simpatía: un poder de atracción ó radiación personal que no se debe tan sólo á la brillantez de la inteligencia, ni á la ilustración adquirida en los libros, ni á la facilidad de palabra, ni á dote alguna

de esta especie, sino que es «humanidad» pura y en elemento.

Tal fué la característica de Robert en toda ocasión. Había en él un médico eminente, un profesor inolvidable, un orador, un ateneísta lucidísimo, un hombre de ciencia. Mas, por encima de todas estas facultades destacaba su don de la simpatía, como si enfermos, alumnos y oyentes, á través de sus explicaciones y diagnósticos, sintieran la efusión humana y el calor de un afecto animando á la ciencia y enlazándola de una manera inseparable con la vida y con el bien de nuestros semejantes. Suele decirse que los perros y los niños conocen por instinto, á quien gusta de ellos y no les amenaza con daño alguno. A veces las muchedumbres tienen la misma intuición de la benevolencia y la generosidad de espíritu y comprenden que, por encima de la inteligencia, que por encima de la voluntad, están el entendimiento horrado y la «buena voluntad.» Y esto explica el ascendiente que sostuvo durante más de treinta años en la sociedad catalana el Dr. Robert.

Pocos días hace que se reunieron en la *Maison Dorée* una porción de escritores, poetas y artistas para demostrar á Emilio Guanyabens el aprecio que les merecía como hombre y como literato. Guanyabens pertenece también á esa familia de espíritus escogidos con la cual no reza la distinción que ha sido preciso establecer entre «los buenos y los sabios.» Guanyabens es un hombre modesto, sencillo, sin complicación; un alma diáfana y sin doblez. Su aire es el de la salud moral. Y, además de esto, es un exquisito maestro de la rima catalana.

Sus colecciones de poesías originales, como *Alades ó Voliaines*, le tenían de antiguo bien conquistado cualquier homenaje de admiración que hubiesen querido dedicarle sus lectores, que son todos cuantos se interesan en Cataluña por el lustre artístico de su patria. Pero siempre había declinado, no por positividad modestia, sino con la mayor sinceridad, esa clase de distinciones. Después del volumen de *Trasplantades* que recientemente ha dado á luz, no ha podido resistir por más tiempo y, como cediendo á una imposición de la disciplina social, ha tenido que acudir al banquete ofrecido por sus admiradores y amigos.

Ese volumen de *Trasplantades* ó traducciones de poesías correspondientes á los primeros líricos franceses del siglo XIX, además de su gran valor literario, tiene un alto valor educativo. Guanyabens posee, además de inspiración y fuego propios, una gran habilidad técnica y una flexibilidad de espíritu susceptible de asimilarse la esencia de cada autor y verterla, sin evaporaciones ni mermas, á otro idioma. A cada poeta le conserva su andamento, su inflexión, su ritmo ideal; y después de esas páginas en que la musa catalana ha recogido las cosas más sutiles y vaporosas de la lírica moderna, los primores de mayor delicadeza, los matices más tenues y fugaces de la sensibilidad refinada, parece que las fronteras del idioma se han ensanchado sin violencia alguna para recibir un mundo nuevo ó casi nuevo.

Sería curioso comparar las primeras manifestaciones del renacimiento poético de Cataluña, puramente rurales y campesinas, con la ductilidad de formas que las *Trasplantades* representan. En el transcurso de cuarenta años se ha pasado desde lo más elemental y primitivo á lo más complejo, á lo más exquisito, á lo más imperceptible, en un desquite de los dos siglos largos de incuria y aplebeyamiento que estuvieron á punto de acabar para siempre con la aptitud poética de nuestro pueblo.

Debería hablar de los conciertos de María Gay en el *Orfeb Catalá*, de Granados, de no sé cuántas novedades musicales. Debería dedicar unas líneas á los teatros y á los estrenos, por ejemplo, *La noya mata*, de Iglesias; pero fáltame espacio para ello. Hubiera debido hablar también del pasado Congreso de la Tuberculosis, que tantas ideas y problemas abarca, y de la Semana Social que se está celebrando ó acaba de celebrarse á estas horas, no menos fecunda en sugerencias y motivos de comentario. Habrá que dejarlo para otra ocasión, indicando únicamente esos aspectos á la perspicacia de los lectores, á fin de que estas crónicas tengan cuando menos el carácter de índice del movimiento espiritual de Barcelona y de Cataluña. A despecho de todas las contrariedades, de todas las agitaciones, de todas las fiebres de carácter local y de importación extranjera que aquí se han dado cita, el trabajo constructor y silencioso, la obra positiva, persisten. Luchan, se amortiguan un poco, se resienten de la hostilidad del tiempo..., pero persisten. ¿Qué no harían con unos años de respiro y normalidad?

MIGUEL S. OLIVER.

## EL RETRATO, CUBENTO DE ENRIQUE DATIN (I), dibujo de Mas y Fondevila



## I

En el gran salón de un palacete de la calle de la Beneficencia, Adriana Leroy, sentada al piano, ocupábase en descifrar la partitura de *Sigurd*.

Embebida en su estudio, no prestaba la menor atención á los ruidos del exterior, cuando apareció en la puerta un lacayo, de galoneada librea y correctos ademanes, que, acercándose á la señorita, presentóle un sobre en una bandeja de plata.

¿Sería la prueba del retrato tan impacientemente esperado durante tantos días?

Apresuradamente, á impulsos de una curiosidad muy natural, Adriana abrió el sobre. De pronto escapóse de su boca un grito de sorpresa al ver que lo que el sobre contenía era no su propia imagen, sino la de un arrogante y guapo mozo, al parecer de unos treinta años.

Presa de gran emoción, temiendo que se tratase de una burla, ó por lo menos de una broma de dudoso gusto, sintió que el corazón le latía con violencia y que el rubor subía á su rostro.

Para cerciorarse de que el envío era realmente de su fotógrafo, miró el dorso de la cartulina.

No cabía duda; como para servirle de pasaporte é indicar su procedencia, leíase allí el nombre de la casa Liebert, en vista de lo cual comprendió Adriana que todo se reducía á un error de dirección. Tranquilizada por este lado, una sonrisa asomó á su boca y la nube de contrariedad que por un instante obscureciera su frente, desapareció por completo.

La mirada de la joven fijóse entonces de nuevo en el retrato y lo examinó con verdadera complacencia. ¡No era mal parecido el tal sujeto! Su fino bigote dibujaba su línea negra sobre una boca pequeña y de expresión un tanto burlona. El conjunto de la fisonomía era simpático y en cuanto á la figura, no podía negarse que era distinguida.

Adriana, un si es no es intrigada, interrogaba con insistencia su memoria; pero ésta se mostraba rebelde y no le ofrecía el más pequeño recuerdo de aquel joven. ¿A qué clase social podía pertenecer el desconocido? También esta pregunta se quedaba sin respuesta.

Cuando llegó su madre, Adriana refirióle la aventura y la buena señora rióse del sucedido sin darle importancia: ¿acaso no puede ocurrir todos los días una equivocación de estas en una casa de tanta clientela como la de Liebert?

—Además, añadió la señora de Leroy, mañana iremos allí y tendremos la explicación de ese quid pro quo.

(1) Reproducción autorizada para los periódicos que tengan celebrado contrato con la *Société des gens de lettres* y prohibida para los demás. Reservados los derechos de la presente traducción.

La mirada de la joven fijóse entonces de nuevo en el retrato y lo examinó con verdadera complacencia

Pero no hubo de esperar al día siguiente para salir de dudas, pues aquella misma noche el principal dependiente del fotógrafo iba al palacete de la calle de la Beneficencia, y echando sobre sí toda la responsabilidad de la falta, presentaba á la señora de Leroy las excusas de su principal por la equivocación padecida.

—Aquí está la prueba del retrato de la señorita y ruego á usted que me devuelva la fotografía del señor conde de la Blanchardiere, que por una mala inteligencia le enviamos.

El dependiente, sin embargo, guardóse bien de decir que el retrato de la señorita de Leroy había sido remitido, por efecto de la misma equivocación, al conde de la Blanchardiere.

## II

Éste, á la misma hora en que llegaba su retrato á las manos de Adriana, recibía, en su casa de la calle de Francisco I, el de la señorita de Leroy, y pasado el primer momento de sorpresa, contemplaba, mudo de admiración, la imagen de la encantadora joven que la casualidad le había traído.

De estatura más que mediana, bien proporcionada, sus hermosos hombros y su cuerpo esbelto tenían ese encanto conturbador que ejerce una verdadera fascinación en el cerebro de los hombres. Sus cabellos, de un bello rubio ceniciento, levantados sobre las sienas, coronaban la frente con su masa compacta, y sus ojos grandes, dulces, sombreados por espesas pestañas admirablemente arqueadas, miraban muy de frente, sin temor de que el pensamiento pudiese adivinarse al través de la mirada. La nariz bajaba en línea recta sobre el labio superior, algo grueso y apenas esfumado por un ligero bozo,

y el óvalo perfecto de su rostro terminaba en una barbilla redonda, fina como el borde de una copa.

Cautivado por aquella graciosa imagen é intrigado por aquella inesperada aparición, el conde de la Blanchardiere decidió poner la cosa en claro; al efecto púsose en movimiento en seguida y aquella misma noche sabía el nombre de la preciosa muchacha.

Hija única de un gran comerciante de sederías, Adriana Leroy era la alegría y el orgullo de sus padres, quienes, retirados del negocio después de haber hecho una considerable fortuna, ocupaban en la calle de la Beneficencia un palacete de su propiedad. Los mejor enterados evaluaban el caudal de aquella familia en varios millones y para nadie era un secreto que el padre de Adriana dejaría en completa libertad á su hija para la elección de un esposo.

## III

Al domingo siguiente, poco antes de la misa de doce, el conde de la Blanchardiere hallábase en la puerta principal de la iglesia de San Agustín. Gracias á la imagen fotográfica, claramente grabada en el fondo de su memoria, pudo, sin dificultad alguna, reconocer á la señorita Leroy en la joven elegante que después de haber tocado con la punta del enguantado dedo la pila del agua bendita, volvióse graciosamente para ofrecer el agua santa á la señora que la acompañaba.

Durante la misa, no apartó un momento los ojos de Adriana y la impresión que le produjo el modelo viviente consumó la obra comenzada por la fotografía; y desde aquel momento ya no tuvo más que un objetivo: conquistar el corazón de la señorita Leroy y pedir su mano.

Nada tan ingenioso como un enamorado cuando se trata de aproximarse á su amada. Ocho días después, en un baile que daba una familia amiga, el conde de la Blanchardiere hacíase presentar á la señorita Leroy y solicitaba de ella el honor de una danza.

Aquella invitación no sorprendió en modo alguno á Adriana, pues ésta, desde el primer momento, había reconocido perfectamente al guapo desconocido de la fotografía; y con su instinto femenino pronto adivinó los verdaderos motivos de la presentación. La elegancia de su pareja, su distinción satisfacían por entero su amor propio; así es que se sintió dispuesta á acoger favorablemente sus insinuaciones, y antes de que la fiesta terminara, ya sabía á qué atenerse respecto de las intenciones matrimoniales del conde de la Blanchardiere.

## IV

No hay que ser muy lince para adivinar lo que sucedió. Casi siempre el amor llama al amor, y Adriana no resistió á las poderosas seducciones de la voz del joven que en frases tan elocuentes sabía traducir los sentimientos de su alma.

Por parte de los padres, interiormente halagados por la partícula nobiliaria del conde, no hubo ningún obstáculo; dieron su consentimiento en seguida y no tardó en decidirse el matrimonio.

La señorita de Leroy, envuelta en sus blancos velos, estaba encantadora cuando, ruborosa y emocionada, entró del brazo de su padre en el coro de la iglesia de San Agustín.

Su larga falda barría las losas del templo y apenas

dejaba ver la punta de los zapatitos de raso que calzaban un pie menudo, nervioso y admirablemente arqueado; algunas flores de azahar salpicaban artísticamente su cabellera y en su traje veíanse también

El dependiente del fotógrafo Liebert, autor involuntario de la feliz equivocación, asistía á la boda; el conde de la Blanchardiere había tenido empeño en atestiguarle su agradecimiento y aun para perpetuar más el recuerdo de éste, había acompañado la invitación con un magnífico regalo.

Y ahora, lectores míos, como en los cuentos de hadas, no nos queda más que asociarnos á la dicha de los recién desposados y desearles numerosa posteridad.

## DE BUENOS AIRES

## EXPOSICIONES

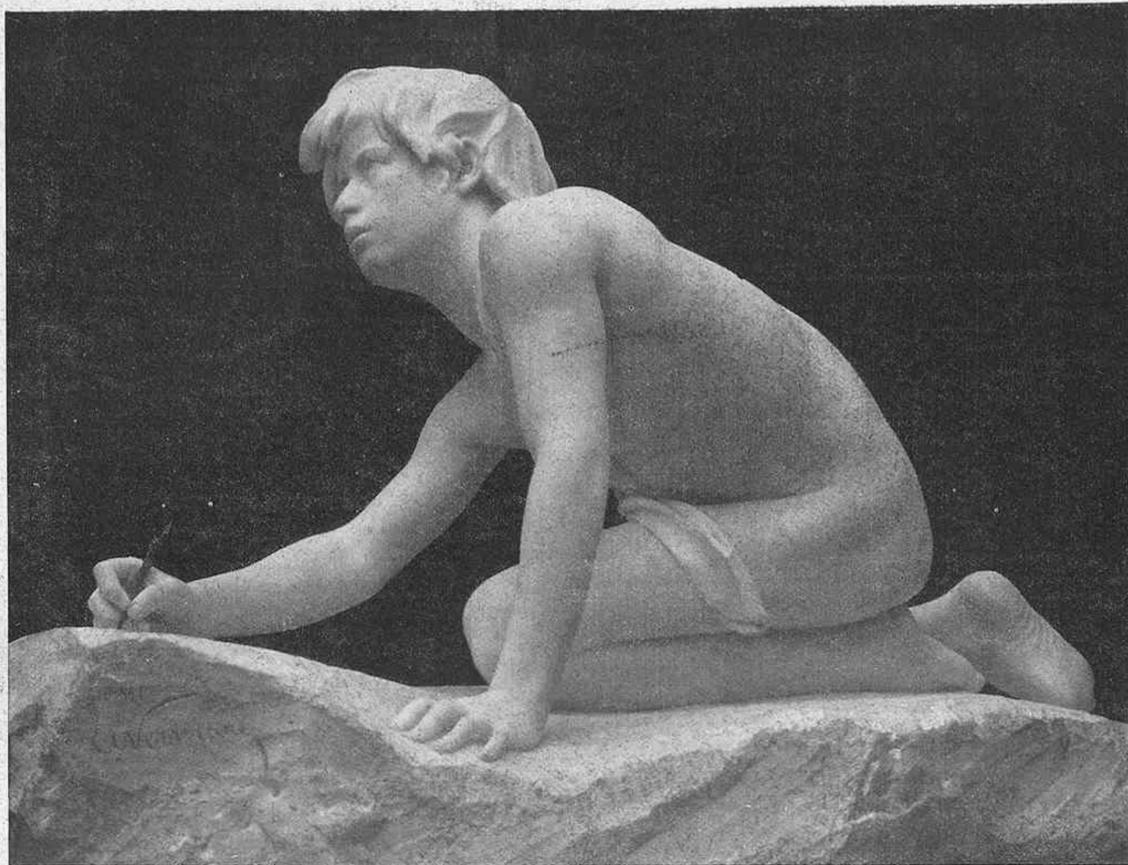
## DEL CENTENARIO

(V. la lámina de la pág. 785)

De la de Agricultura próxima á cerrarse poco puede decirse ya; en cambio la de Bellas Artes daría tema á largo estudio, ya que las viejas naciones europeas se afanaron por mostrarnos á qué altura llegaron en ellas las artes pictóricas y escultóricas.

Sin ánimo de establecer comparaciones siempre molestas, pero sin que nos dejemos llevar por un falso patriotismo, bien puede afirmarse que España demostró una vez más ser la clásica tierra

del arte, logrando vencer en este mundial torneo á su émula, Italia. La valentía desenfadada en unos, la exuberancia de colorido en otros, la inspiración en todos se impusieron desde el primer día á la consideración del Jurado y á la admiración del público, y por sus salas desfiló día á día enorme concurrencia que no dejaba de convenir en que si en otras manifestaciones de la inteligencia no ocupamos ahora el primer lugar, aún empuñamos el cetro del arte que con tanta maestría alzarán Velázquez y Murillo, Goya y Fortuny. ¡Bien por España!— M. S.



Inspiración, escultura de A. Vermare. (Exposición Internacional de Bruselas.)

diseminados esos símbolos de pureza y de inocencia.

Cuando, al salir de la sacristía, apareció radiante de felicidad del brazo de su esposo, un murmullo de admiración recorrió las largas filas de los invitados y de los curiosos, simétricamente alineados á un lado de la nave para dejarles pasar.

Era realmente una linda pareja la que avanzaba al frente del numeroso cortejo nupcial; aquellos dos jóvenes en todo el esplendor de su plena juventud, ¿no eran acaso á los ojos de todos la graciosa imagen de la Primavera y del Amor unidos?



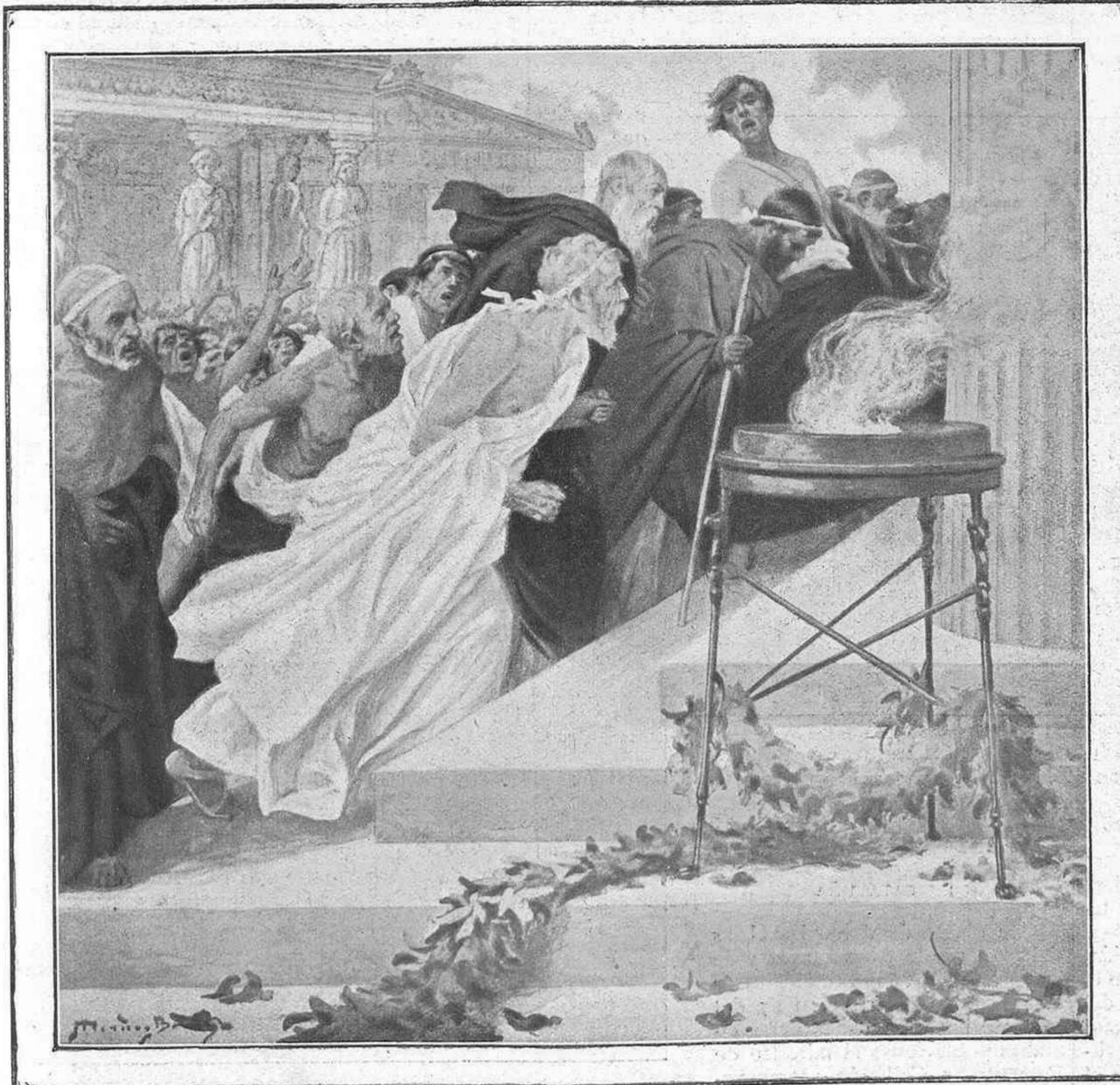
El Amor junto á la fuente de la Vida, cuadro de J. Segantini



Narciso Méndez Bringa. (De fotografía.)

En la última Exposición de Bellas Artes de Madrid ha obtenido una segunda medalla el notabilísimo dibujante Sr. Méndez Bringa por una colección de preciosos dibujos en negro y en color, entre los que figuraban los que adjunto reproducimos. En concepto de muchos, mayor premio merecía el tan celebrado y popular artista, y prueba de ello es que estuvo propuesto para una primera medalla. Consuélese el Sr. Méndez Bringa con la seguridad de que la recompensa que no le ha sido otorgada oficialmente se la ha concedido por voto unánime la opinión pública.

La biografía de Méndez Bringa está hecha en muy pocas líneas: nació en Madrid, estudió en la Escuela especial de Pintura



Dibujos de Méndez Bringa premiados con 2.ª medalla en la última Exposición de Madrid

y Escultura de la corte, dióse á conocer muy pronto y muy ventajosamente por sus dibujos publicados en periódicos ilustrados y desde entonces su celebridad ha crecido sin cesar, pudiendo afirmarse que en la actualidad es uno de los artistas que, con más justicia, se ha conquistado los aplausos de la crítica y la admiración y las simpatías del público.

Si su biografía es corta, en cambio su labor es grande y tanto como grande valiosa. Sus obras son de una primorosa corrección; sus dibujos resultan perfectamente acabados; pero esta minuciosidad no es la del artista paciente que suple con ella la falta de otras cualidades más sólidas, sino la manifestación de un gusto depurado y de una honradez artística que le obliga á no omitir esfuerzo alguno para lograr la mayor perfección de sus trabajos.

Los dibujos de Méndez Bringa son composiciones notabilísimas que demuestran, de un lado, el absoluto dominio de la forma y del color en todos los géneros, así el paisaje como la figura, y de otro, sus vastísimos conocimientos de historia y de indumentaria; y demuestran, además, cuán concienzudamente estudia los originales cuya ilustración se le confía. En este punto, son pocos los artistas que á Méndez Bringa igualan.

Méndez Bringa es, además, un dibujante aristocrático en el más elevado sentido artístico de la palabra, por la finura, elegancia y distinción de sus dibujos, y es también colorista habilísimo que se distingue especialmente por la suavidad y la armonía de las tonalidades que en sus obras se admiran.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que se ha honrado en distintas ocasiones con la colaboración de Méndez Bringa, se complace hoy en dedicar un modesto pero sincero y entusiasta homenaje al celebrado artista. — P.



Llegada de S. M. el rey D. Alfonso XIII á Sevilla

#### S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN SEVILLA

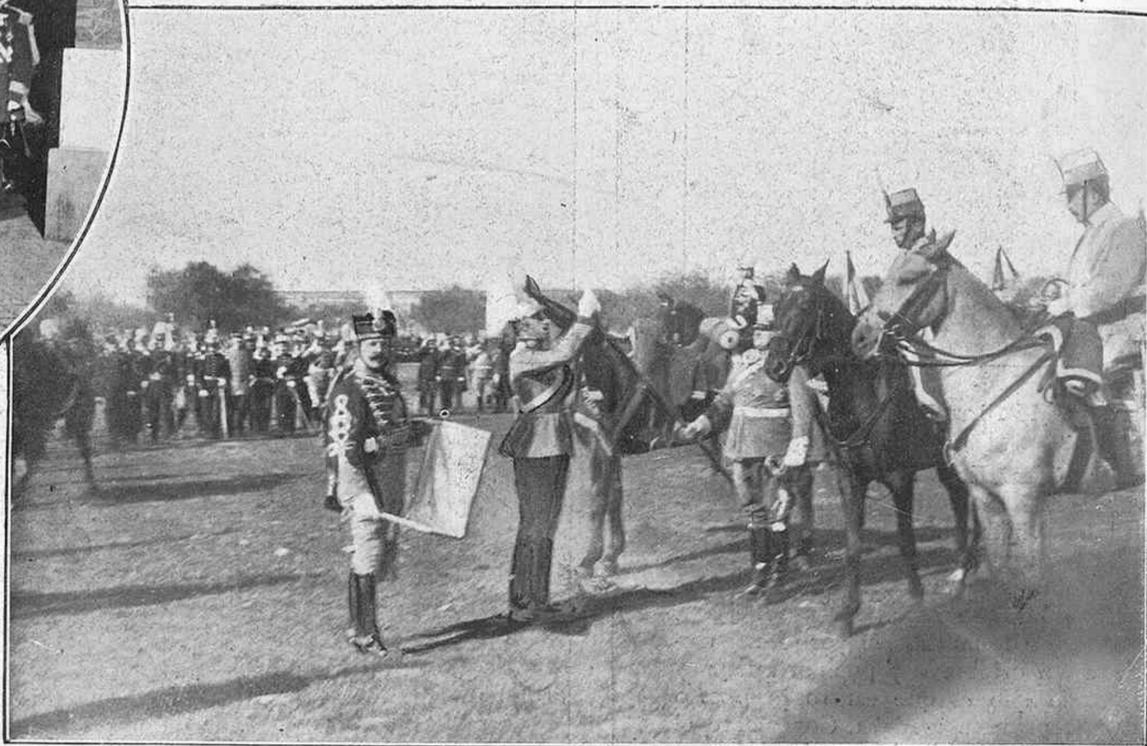
El día 23 de noviembre último efectuóse en Sevilla la ceremonia solemnísimá de imponer la corbata de San Fernando al regimiento de caballería de cazadores de Alfonso XII. El hecho que ha motivado la concesión de tan preciada recompensa es la famosa carga de Taxdirt, en la última campaña de Melilla, carga en la que el cuarto escuadrón de aquel regimiento, al mando del teniente coronel D. José Cavalcanti de Albuquerque, cubrióse de inmarcesible gloria lanzándose sus sesenta y cinco hombres contra grandes masas de moros, luchando con ellos cuerpo á cuerpo, poniéndolos en fuga, permitiendo con su intervención heroica que la infantería y artillería se rehiciesen y decidiendo con ello la batalla.

Para asistir al acto fueron expresamente á Sevilla S. M. el rey D. Alfonso XIII, los infantes D. Fer-

San Fernando. El monarca, tomando de manos del coronel Cavalcanti la corbata destinada al regimiento de Alfonso XII, colocó en el estandarte de éste la gloriosa insignia y pronunció elocuentes y patrióticas frases en elogio de los héroes de Taxdirt. El coronel Sr. Jurado dió un «¡Viva el rey!» que fué clamorosamente contestado, y terminó la

El pantano es una obra grandiosa y cuando esté terminado podrá contener tres millones y medio de metros cúbicos de agua que se destinará al riego de una inmensa extensión de tierras. El muro de contención tendrá 35 metros de altura por 30 de grueso en su base y en la construcción habrán entrado 168 millones de metros cúbicos de piedra.

Los trabajos se hallan muy adelantados y se efectúan bajo la dirección del ingeniero Sr. Pérez Pettinó, á quien felicitaron muy calurosamente el ministro y cuantos asistieron á la visita.



Imposición de la corbata de San Fernando al regimiento de caballería de cazadores de Alfonso XII. (De fotografías de Barrera.)

hermosa ceremonia con el brillante desfile de todas las fuerzas por delante de S. M., á quien el pueblo y el ejército tributaron una entusiasta oyación.

Durante su estancia en Sevilla, D. Alfonso XIII asistió á la procesión conmemorativa de la conquista de aquella ciudad por San Fernando y obsequió con un suntuoso banquete en el Alcázar á todos los

coroneles del ejército que se encontraban en Sevilla con motivo de la fiesta.

La Estación Enológica de Reus es un magnífico edificio construido bajo la dirección del arquitecto municipal Sr. Casellas, asesorado por el ingeniero director de la estación Sr. Oliveres, y está dotada de excelentes laboratorios con todo el material científico necesario para los experimentos propios de un establecimiento de su clase. Todas las dependencias del edificio, al que precede un jardín, están amuebladas con arte y confort.

El ministro, después de visitar la Estación Enológica, tuvo frases de elogio para todos los que á su formación habían contribuido, y ofreció el apoyo del gobierno para que aquel establecimiento pueda figurar entre los primeros de su índole.—T.



Edificio de la nueva Estación Enológica de Reus inaugurada por el ministro de Fomento Sr. Calbetón el día 20 de noviembre último

nando y D. Carlos, el príncipe Raniero de Borbón, el presidente del Consejo de Ministros, el ministro de la Guerra, el jefe de la casa militar y los ayudantes del monarca, y además representaciones de todos los regimientos de caballería de España.

La fiesta celebróse en el Prado de San Sebastián, ante un público de más de 80.000 personas. En el centro de la grandiosa explanada las fuerzas del ejército formaban un vasto cuadrilátero cuya base ocupaba el regimiento de Alfonso XII. S. M. revisó las tropas y terminada la revista situóse en el centro del cuadrilátero y á su lado se agruparon los estandartes de los cuerpos que poseen la corbata de

#### EL MINISTRO DE FOMENTO

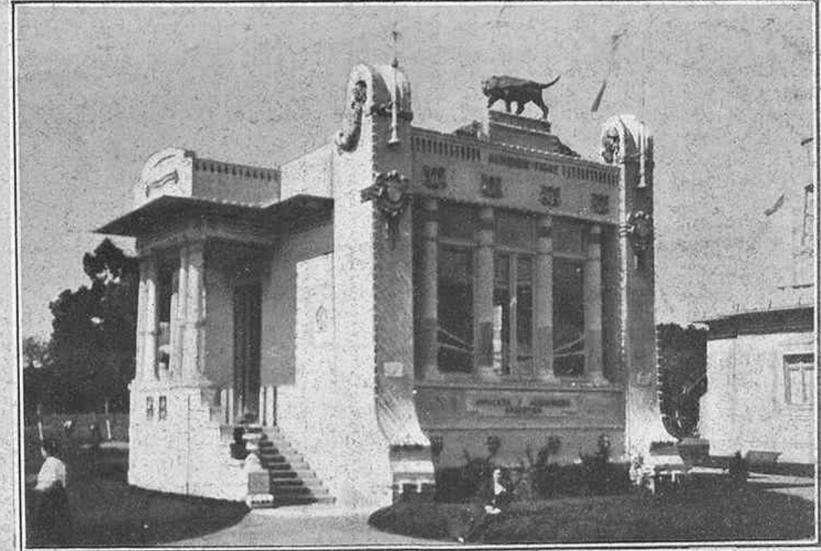
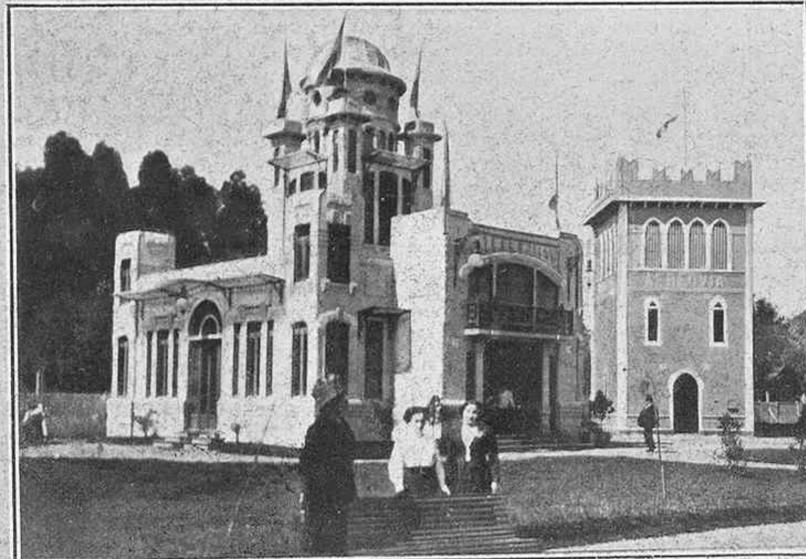
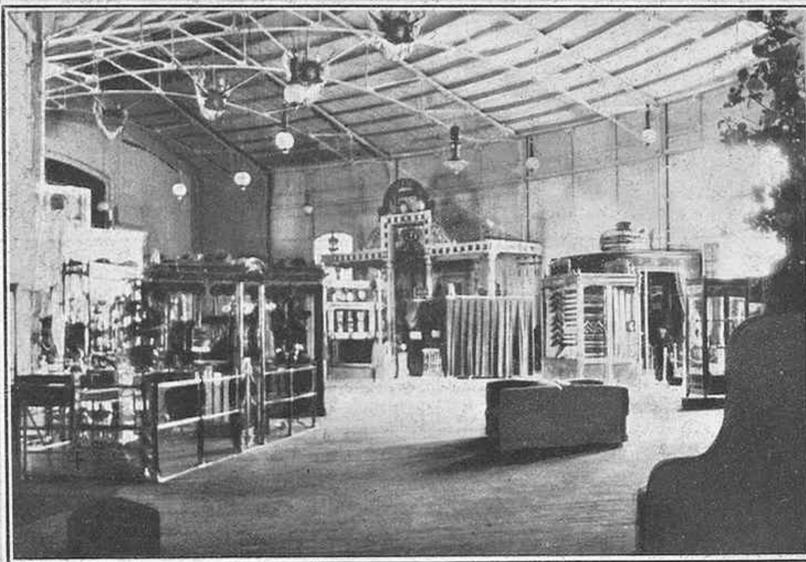
EN CATALUÑA

Con objeto de visitar las obras del pantano de Riudecanyas y de inaugurar la Estación Enológica de Reus, estuvo el domingo 27 del próximo pasado algunas horas en ambas poblaciones el ministro de Fomento Sr. Calbetón, acompañado del director general de Obras Públicas Sr. Gallego.



El ministro de Fomento visitando las obras del grandioso pantano de Riudecanyas. (De fotografías de nuestro reportero A. Merletti.)

BUENOS AIRES.—LA EXPOSICIÓN INDUSTRIAL



Entrada principal de la exposición por la Avenida Vertiz.—Pabellón del «Chocolate Aguila.»—Salón central  
 Pabellón de la Compañía General de Fósforos.—Pabellón del «Café Paulista.»—Pabellón de la fábrica de almidón «Tigre.»  
 (De fotografías remitidas por D. R. Monner Sans.)

Cuando ya se iba extinguiendo el eco de los aplausos tributados á la Exposición Ferroviaria; cuando se suponía que ningún otro acto de análoga naturaleza podía atraer la atención pública con la intensidad entonces demostrada, se inaugura la «Exposición Industrial Argentina,» y los menos entusiastas — si hay quien puede ser indiferente ante tan simpáticos torneos — tienen que convenir en que el Certamen, por la amplitud de su local, por la situación elegida, por los productos expuestos, y por el cariño con que el público la visita, ha superado las más óptimas previsiones.

Recorriendo los diversos pabellones provinciales ya abiertos, y las varias instalaciones levantadas en los alrededores ó en cada uno de ellos, se puede apreciar el ya floreciente estado de la ayer incipiente industria nacional, sin que pueda amenguar el patrio orgullo, el que el mayor número de las industrias aquí explotadas lo sean por extranjeros; extranjeros sí, que si recuerdan con cariño la patria lejana, se afanan porque crezcan y se desarrollen á la sombra del pabellón azul y blanco las diversas artes que ponen á contribución sus actividades.

No hay espacio en una publicación de la índole de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, para detallar lo mucho y bueno que en este torneo se exhibe; pero sí le hay para hacer constar que

la Argentina se va convirtiendo día á día en un inmenso taller, al que acuden operarios de todos los países de la tierra, y que á seguir por el camino emprendido, en pocos lustros á su bien ganada fama de nación agrícola y ganadera, podrá agregar el dictado de industrial.

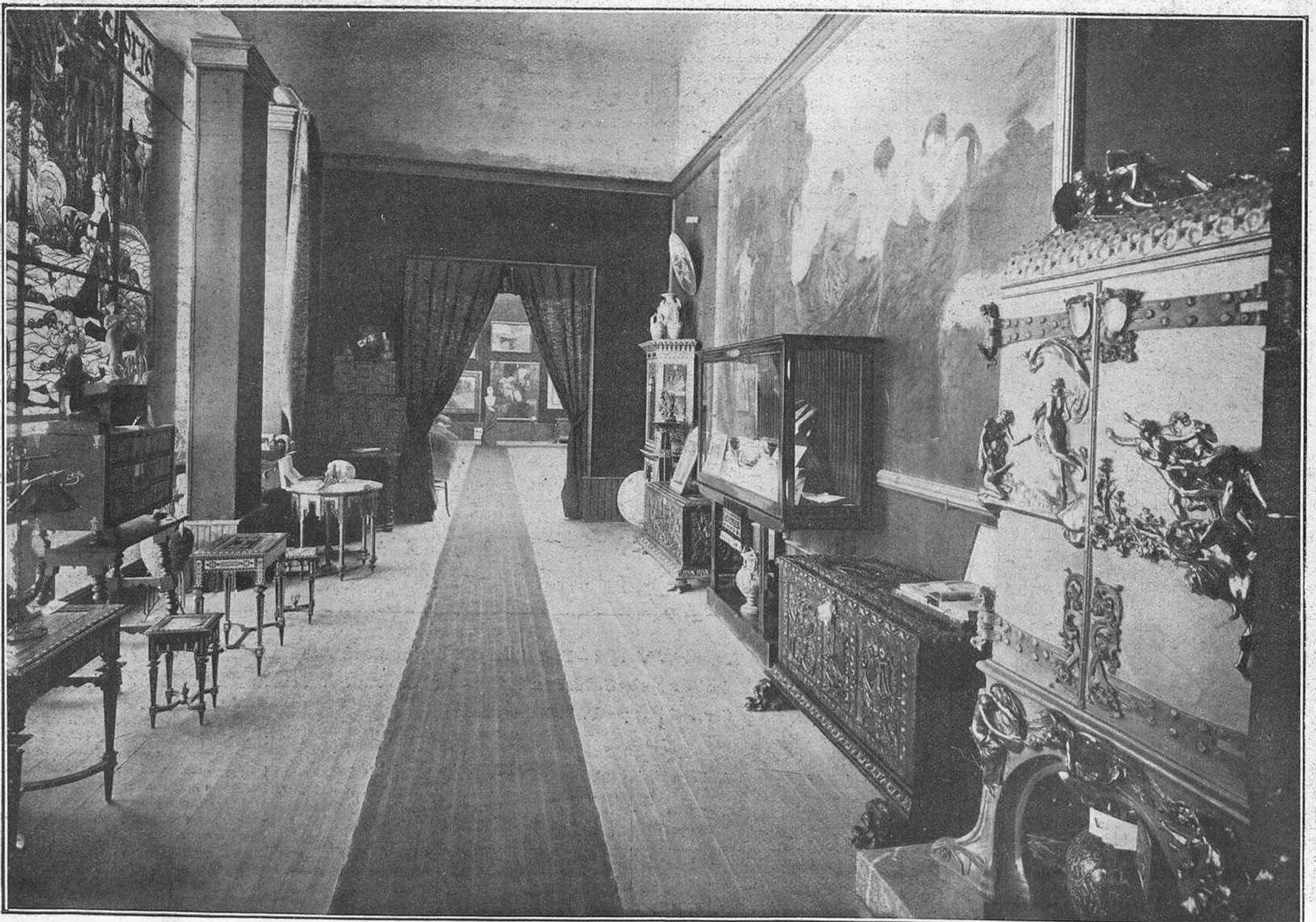
La sociedad llamada «Unión Industrial Argentina» fué la encargada de organizar este grandioso Certamen, y bien puede afirmarse que su labor ha superado las esperanzas concebidas, pues el visitante no sólo puede apreciar la capacidad industrial de esta República, sino que á la par tiene que aplaudir la forma artística con que lo expuesto se exhibe.

Las diversas fotografías que acompañamos servirán para que nuestros lectores no nos tachén de exagerados al asegurar que la «Exposición Industrial,» abierta hace poco, es uno de los más altos exponentes de la juvenil vitalidad de este pueblo, llamado á grandes destinos, si sus ciudadanos continúan como hasta ahora, en oposición á lo que en España ocurre, preocupándose poco muy poco de la política, que ciega, perturba y distrae, y mucho pero mucho del trabajo que eleva, engrandece y dignifica á los pueblos.

R. MONNER SANS.

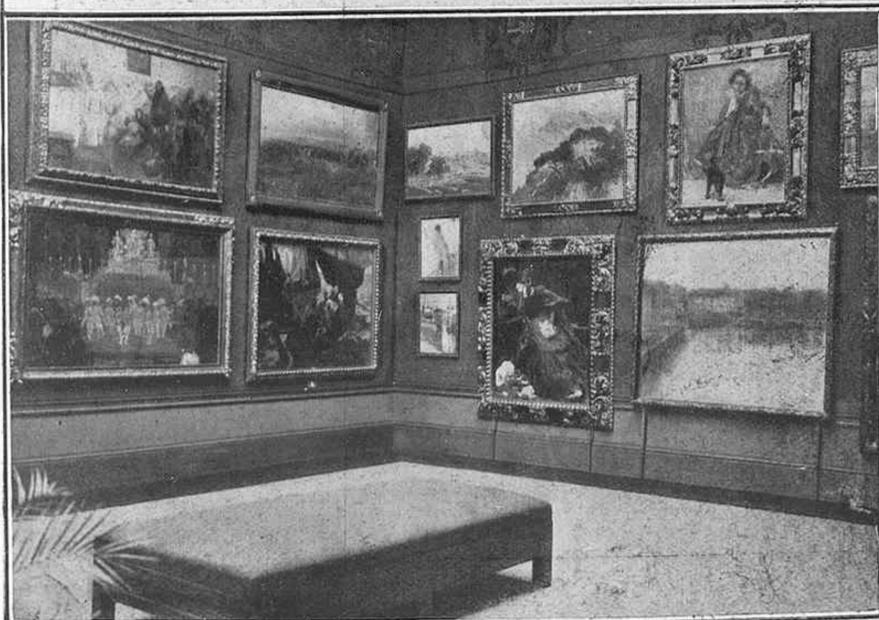
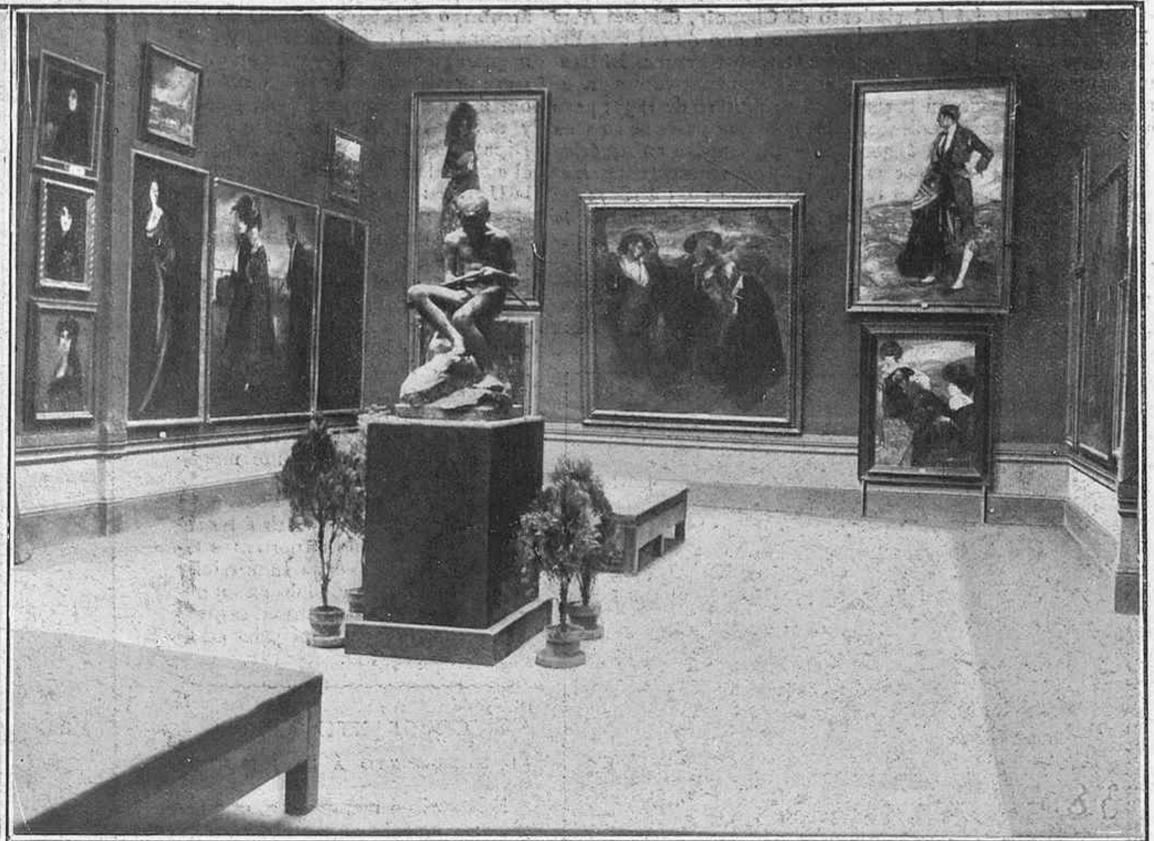
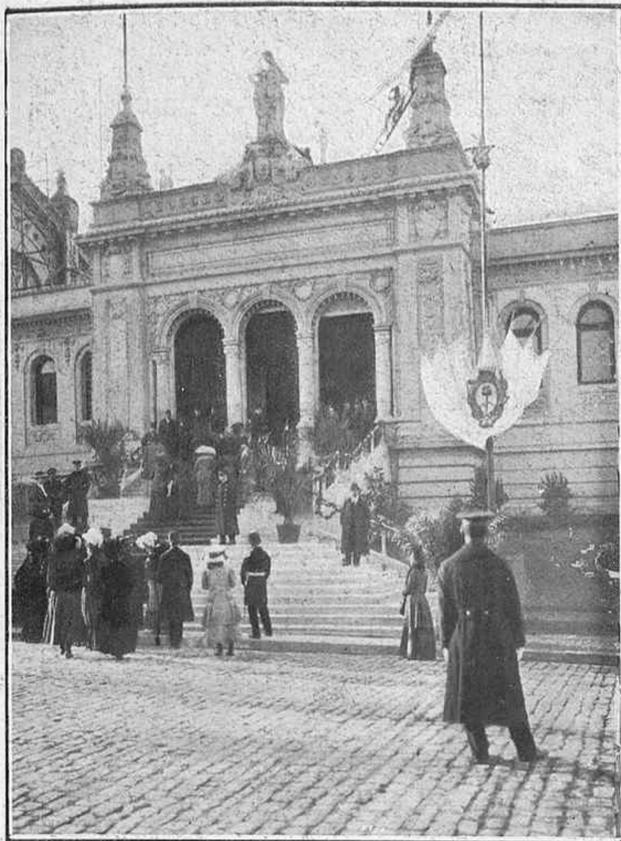


Vista de una de las salas en la que hay obras de Benedito, Zuloaga y Sorolla



Vista de una sala de muebles artísticos y joyas

BUENOS AIRES.—LA EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES

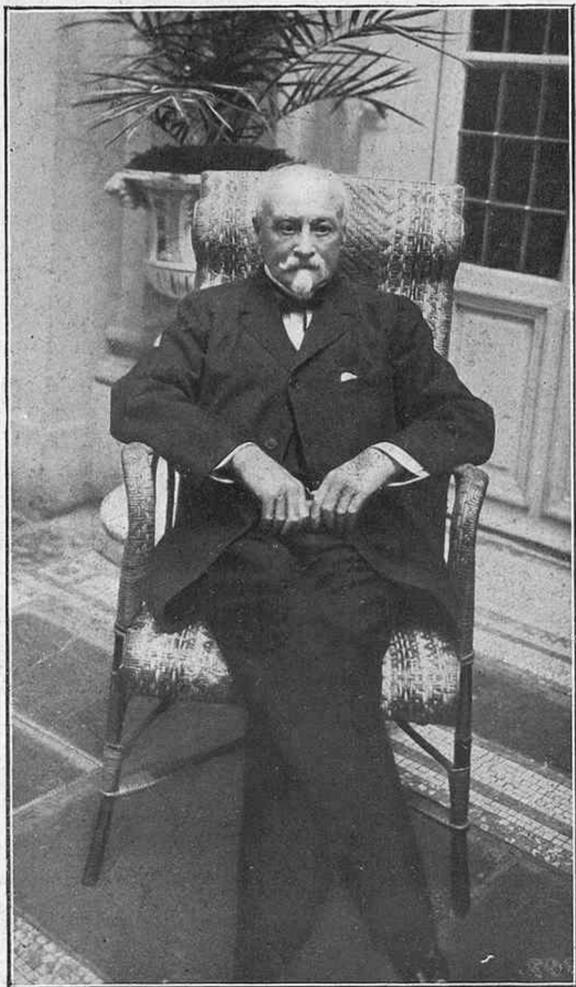


Entrada principal de la Exposición de Bellas Artes.—Sala Zuloaga.—Gran Salón central —Salas españolas  
(De fotografías remitidas por D. R. Monner Sans.)

## OCTAVIO CHANUTE

Al dar cuenta del fallecimiento de Chanute, decía el *New York Herald*: «La aviación ha perdido á uno de sus más ardientes partidarios, á un precursor: Octavio Chanute. El ilustre anciano ha fallecido á consecuencia de una dolorosa neumonía; había nacido en París en 18 de febrero de 1832; pero aunque francés de nacimiento, pasó la mayor parte de su vida en los Estados Unidos. Ingeniero civil, ocupóse en América de la cuestión de los ferrocarriles y fué sucesivamente ingeniero jefe del «Chicago Alton Railroad,» desde 1863 á 1867; del «Erie Railroad,» desde 1873 á 1883, etc. Interesóse por la aeronáutica y fué uno de los primeros apóstoles del «más pesado que el aire.»

En efecto, Chanute abandonó hace treinta y cinco años todos los negocios en los que había hecho su fortuna para dedicarse á los problemas de la locomoción aérea, y en su famosa



Octavio Chanute, el precursor de la aviación, fallecido en Chicago el 24 de noviembre último. (De fotografía de M. Branger.)

memoria de 1895, sometida á la Asociación de los Ingenieros Americanos, estudió las leyes fundamentales de la resistencia del aire. Poco después comenzó á construir metódicamente modelos de estudio que ensayaban sus ayudantes Herring y Avery; Chanute calculaba y construía y viendo volar sus máquinas las iba modificando poco á poco.

Hace diez años asocióse con los hermanos Wright y de esta colaboración resultaron grandes ventajas para todos ellos; y cuando nadie creía en Europa en los experimentos ni en los vuelos admirables que se decían realizados por aquellos aviadores, hoy tan famosos, él les dió el valioso apoyo de su gran autoridad.

## BARCELONA

## LA V SEMANA SOCIAL

Desde el 27 de noviembre último al 4 del corriente se ha celebrado en esta ciudad la V Semana social, esta institución inspirada en los más altos móviles y cuyo fin es lograr la solución de todos los problemas sociales, especialmente de los conflictos entre el capital y el trabajo, que tanto preocupan á los Estados modernos, por medio de la aplicación de las santas doctrinas del cristianismo.

A ella han concurrido numerosos prelados, publicistas españoles y extranjeros, fabricantes, obreros, representaciones de corporaciones y sociedades, y en las sesiones que durante la misma han tenido lugar se han dado notabilísimas conferencias sobre los temas más capitales de aquellos problemas, señalando los medios con que cuenta la Iglesia para resolver la cuestión social dentro de la mayor armonía entre el capital y el trabajo.

La sesión inaugural, que tuvo lugar en el Palacio de Bellas

Artes fué solemnísima y estuvo presidida por el Excmo. é Ilmo. señor arzobispo de la Sede Primada de Tarragona Dr. D. Tomás Costa y Fornaguera, á quien acompañaban en la mesa presidencial los ilmos. señores obispos de Barcelona, Vich, Lérida y Solsona, el vicepresidente de la Diputación provincial Sr. Argemí, el concejal Sr. Albó, el vicerrector de la Universidad Dr. Daurella, el presidente de la Audiencia territorial Sr. del Rfo y un delegado del comandante de Marina. En ella se leyeron cartas del cardenal Merry del Val, enviando la bendición de Su Santidad, y del cardenal Aguirre asociándose á las tareas de la V Semana Social, y pronunciaron elocuentes discursos el Dr. Torras y Bages y el abate francés Alfonso Luga; la oración del ilustre prelado vicente fué verdaderamente magistral.

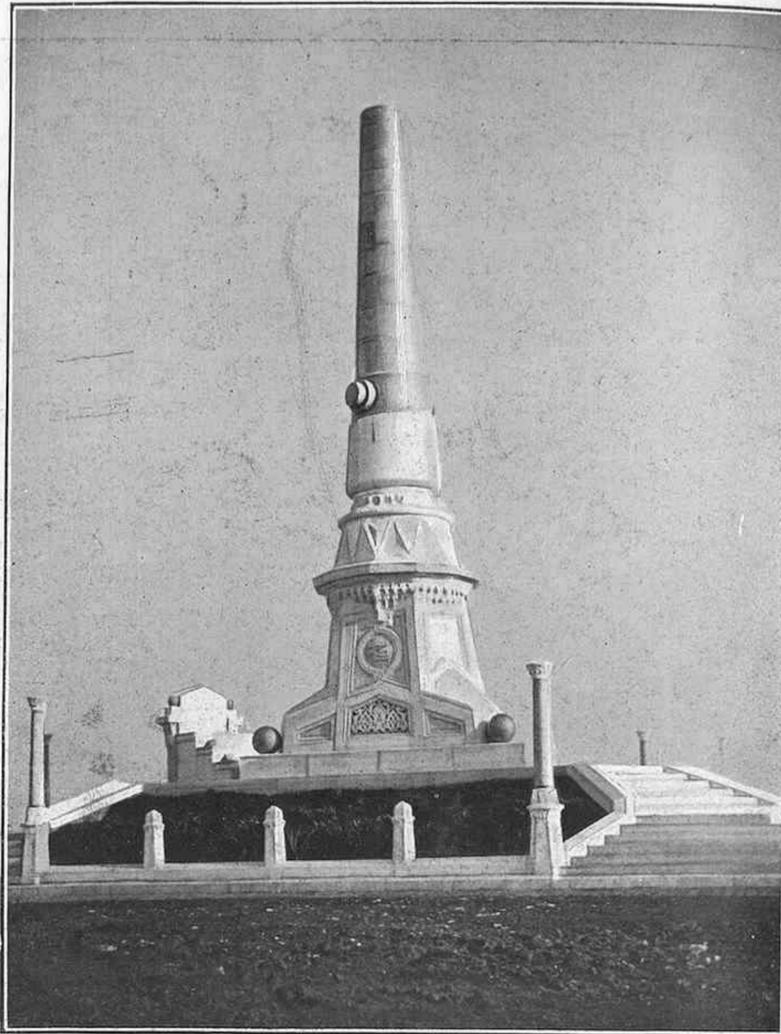
Los miembros de la V Semana Social, además de concurrir á las sesiones, han visitado importantes fábricas, como la España Industrial y la Colonia Güell, modelo en su género, sociedades de cultura, centros obreros y museos y principales edificios de esta capital.

## CONSTANTINOPLA

## EL MONUMENTO Á LA LIBERTAD

Este curioso monumento, que representa un cañón apuntando al cielo, se levanta en la colina denominada de Hurriet-Tepessi y está dedicado á la memoria de los soldados que sucumbieron en el asalto de los principales cuarteles de Constantinopla, durante el movimiento revolucionario de abril de 1909.

La base del monumento es de mármol blanco; el cañón, de granito verdoso, y las balas que rodean la parte inferior, de granito rojizo.



Monumento á la Libertad recientemente inaugurado en Constantinopla. (De fotografía comunicada por Carlos Trampus.)

## MÉXICO. — EXPOSICIÓN DE ARTE ESPAÑOL

(Véase la lámina de la página 784.)

Por conducto de una persona que sigue atentamente cuanto puede redundar en prestigio para nuestra patria, hemos recibido unas fotografías de entre las cuales hemos escogido algunas que reproducimos en este número, referentes á la Exposición de Arte Español en México, que ha sido un triunfo para nuestras artes decorativas é industriales.

La prensa mexicana ha publicado números extraordinarios celebrando las fiestas del Centenario de su independencia, notándose claramente que el *clou* de dichas fiestas fué la Exposición de Arte Español.

El elemento español de México creyóse obligado á tomar parte en las fiestas, y con aquella rapidez que sólo presta el entusiasmo, se constituyó en comité, del cual fué el alma el joven y distinguido arquitecto catalán D. Miguel Bertrán de Quintana, quien á las veinticuatro horas de constituirse el comité presentaba al mismo el magnífico proyecto del Pabellón Español donde ha sido instalada la Exposición. El mismo señor Bertrán de Quintana vino seguidamente á España ostentando la delegación del gobierno mexicano que acogió con

chos y valiosos artistas é industriales artísticos, y logró que en el brevísimo espacio de tres meses quedara edificado el Pabellón y se inaugurara la Exposición con brillantísimo éxito.

El Pabellón de Arte Español ha rayado en México á grande altura, los más de los expositores han vendido la mayor parte de los objetos expuestos. La ola artística española ha producido inesperado encanto en aquellas tierras y las obras de nuestros artistas é industriales ejercerán fecunda influencia.

El Sr. Bertrán de Quintana ha sido justamente felicitado por lo más notable de México y nosotros le enviamos nuestra más cumplida enhorabuena por el triunfo obtenido, justo premio á su inteligencia, á su actividad y á su patriotismo. — P.

**Espectáculos. — BARCELONA.** — Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *La cambrea*, vaudeville en tres actos del Sr. Franquesa; *La gressa*, boceto de comedia en un acto de autor anónimo, y *Matt de festa*, diálogo de Avelino Artís; en Romea *La noia maca*, comedia en tres actos de Ignacio Iglesias; *Extremes que's toquen*, diálogo de Manuel Folch y Torres; *El testament*, zarzuela en un acto, letra del señor Puiggarí y música del maestro Esquerrá, y *El magistrat*, farsa en tres actos y un cuadro de A. W. Pinero, traducción de A. P. Maristany; en el Eldorado *Herida de muerte*, paso de comedia en un acto de los hermanos Alvarez Quintero, y *La vida burguesa*, comedia en dos actos de Antonio López Monés; y en Novedades, Tívoli y Teatro Nuevo *El conde de Luxemburgo*, opereta alemana en tres actos, música del maestro Franz Lehar, arreglada á la escena castellana por José Juan Cadenas.

El Liceo ha comenzado su temporada con la ópera de Spontini *La Vestale*, en cuya ejecución han obtenido muchos aplausos el maestro Mancinelli, las señoras Russ y Zaccioni, y los señores Vaccari, De Marco y Brondi.



Barcelona.—La V Semana Social. La presidencia en la sesión inaugural efectuada en el Palacio de Bellas Artes el día 27 de noviembre último. (Fotografía de nuestro reportero Merletti.)

calor la idea y la del comité español, y recorriendo las principales ciudades españolas sin descansar un punto, trabajando con fe y ardimiento y secundado por el embajador y cónsules de México, obtuvo el apoyo del gobierno español, el concurso de personas amantes de las glorias nacionales y el de mu-

Comedia *Genio y figura*, comedia en tres actos de los señores Paso, Abati, Arniches y García Alvarez; y en Martín *El fantasma*, drama lírico en un acto y tres cuadros, letra de los señores Mihura Alvarez y Ricardo González, música del maestro Badía.

# LA MADRE PATRIA

NOVELA ORIGINAL DE MAURICIO MONTEGUT.—ILUSTRACIONES DE LEÓN FAURET. (CONTINUACIÓN)

Y siguió ella discurrendo, continuando su lección de política mundial, con tanta complacencia que escuchaba su propia peroración. Entonces él la interrumpió encogiéndose violentamente de hombros, lo cual la escandalizó:

—¡Basta!, dijo con voz dura; ¡tú divagas!, antes, te creía como á un oráculo, pero aquel tiempo pasó. Acabo ya de darme cuenta de que no eres la mujer que yo pensaba y la que tengo delante no me gusta nada. Sí; sí, á cada lado de las fronteras, hay muchas criaturas que piensan como tú, y hablan con la misma cínica seguridad, la guerra es, efectivamente, eterna entre nuestros dos países; pero, ¡gracias á Dios, yo creo en otra clase de almas!.. En fin, tal como eres, puedes quedarte en tu casa á remendar los pantalones de tus hermanos; no seré yo quien vaya á buscarte. Cristina Grifefeld, la alemana, si encuentras por ahí á una muchacha rubia y afable, de ojos puros de mentira, que se llama Tina la acadiana, dile de mi parte que la quise mucho, sobre todo porque no se te parece. ¡Adiós!

Y Rolando Bricogne, algo vengado, dejando á Cristina tan estupefacta como furiosa, se alejó á grandes pasos, perdiéndose en la sombra que empezaba; pero, al marchar, sacudía fuertemente su espalda y sus hombros como para desembarazarse de un resto del pasado.

Al día siguiente, condujo una cuadrilla de obreros al sitio en que se elevó su casa.

—¡Arrasadlo todo, muchachos! ¡Y sobre todo aventad las cenizas!

Y les estimulaba con voz franca, sin falsas notas, curado de la antigua Cristina por la Cristina nueva.

Pronto quedó el suelo nivelado en aquel punto donde el hombre borraba el recuerdo; después de tres noches de lluvia, las hierbas lo invadieron, lo embarazaron y lo cubrieron al fin. Y dos meses más tarde, ni las gaviotas ni los lobos reconocían el sitio en que, tiempo atrás, dos jóvenes que parecían quererse se habían forjado la ilusión de detenerse una noche para amar y vivir.

## VII

—¡Eitell, gritó Herberto. El niño volvió la cabeza y no contestó. Se había vuelto taciturno; no jugaba sino distraídamente á juegos silenciosos. Tenía seis años; inteligente, de fácil comprensión, intuitivo, adivinaba lo que le ocultaban y distinguía claramente lo que le dejaban ver. Desde los primeros días de la separación, reclamó á grandes gritos á su abuela, á sus tías, á todos los que formaban parte de su vida y eran segregados de ella. Si Beltrana le adoraba, él adoraba á Beltrana y la pedía una y cien veces á todos los ecos. Mientras Clorinda lo tuvo á su lado, ésta alimentó aquella me-

moría fiel y estimuló aquellas expansiones de añoranza.

Una vez separado de su madre, pudo creerse que

sin expresión, en un rostro sombrío y poco abierto. Su padre, que comprendía aquellos ojos, se daba á todos los diablos, jurando que acabaría con las influencias francesas y que se saldría con la suya. Asombrábale que el niño asustado evitase su presencia y procurara ocultarse antes de ser visto.

Sin embargo, desde que Gottlob había muerto, y muerto casi honradamente, Herberto, cada vez más turbado, pensaba en los mutuos perdones de la reconciliación.

Si Clorinda quisiese, estaba dispuesto á perdonarle todo el mal que le había hecho; por otra parte la privación material de aquella criatura tan próxima y tan lejana le impulsaba á todos los compromisos; la exasperación de la pasión en la soledad raya en locura.

En semejante orientación de espíritu, comprendía vagamente que entre ella y él, Eitell podía servir de lazo de unión, y procuró atraer al niño.

Pero no lo consiguió; cada vez que daba un paso adelante, el muchacho retrocedía.

Aquella mañana, intentó domesticarlo por centésima vez, con tan mal resultado como siempre.

—¡Eitell, repitió. Eitell parecía absorto en la contemplación de dos gallinas que se disputaban un gusano, y murmuró:

—La más gruesa lo cogerá... No, la más lista... ¡Ya lo cogió!

Y, sin darse cuenta de ello, lo que decía parecía una parábola.

—Si yo tuviese un hijo así, dijo Guillermo á Otón, le abriría la cabeza á palos.

Herberto se puso encarnado. Sus dos hermanos estaban sentados con las piernas colgando, sobre un madero de la barrera á veinte pasos de él; hasta entonces, había parecido que hablaban entre sí sin poner atención á lo que pasaba á su alrededor.

Otón se encogió de hombros.

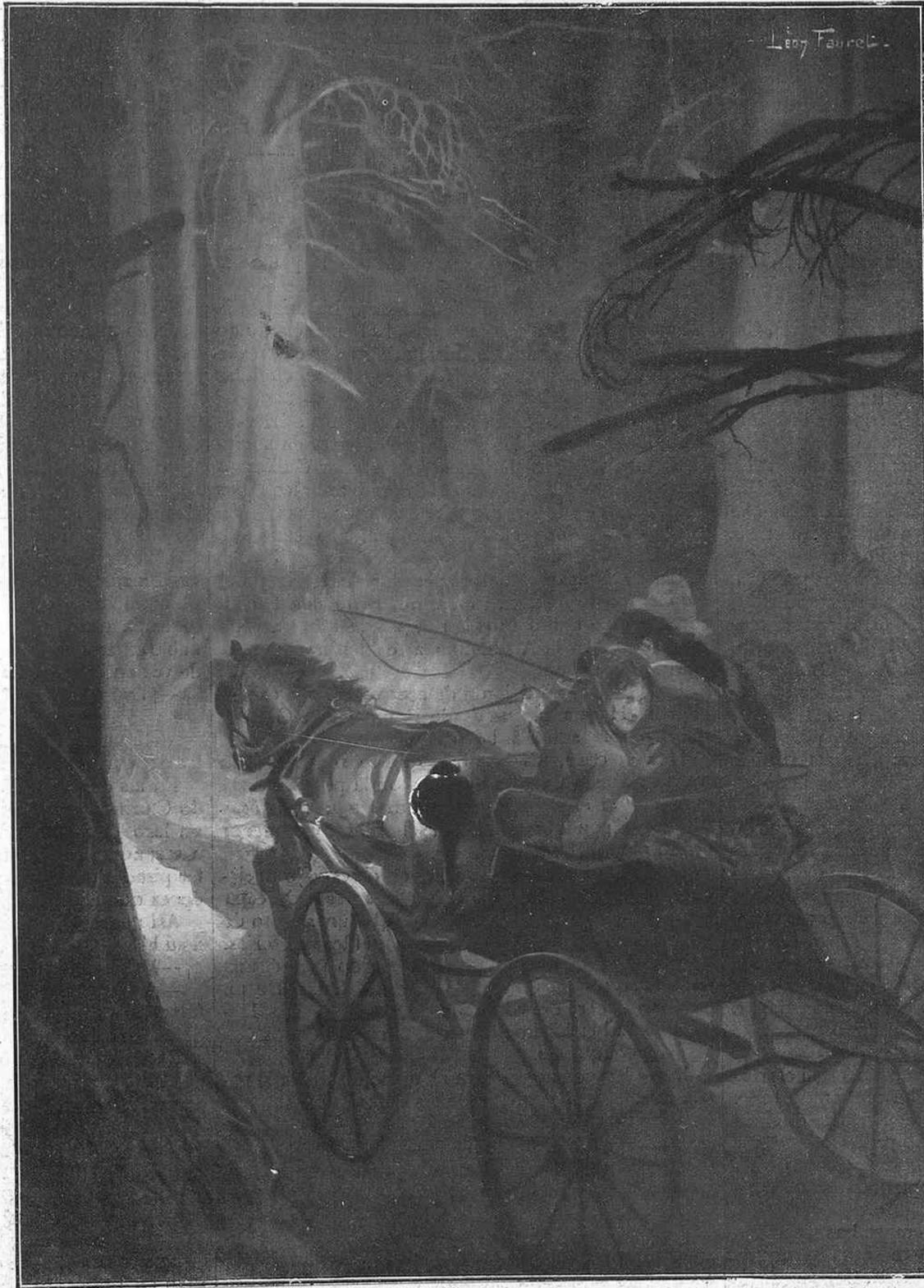
—Semilla latina; fruto francés... ¡Más vale un bastardo alemán!

Entonces, Herberto, decididamente irritado, por tercera vez llamó á su hijo.

—¡Eitell! ¿Me oyes?, ¡rayo de Dios! El tono de la frase y el terno que la puntuaba advirtieron al niño obstinado que era prudente contestar. Volvióse hacia su padre, dió tres pasos en dirección suya y se le quedó mirando con sus ojos fríos y hundidos, como diciendo: «¿Qué me quieres?» pero no despegó los labios.

Y como, después de todo, Herberto no quería nada más que ser obedecido, quedóse parado ante aquel rebelde frágil y salió con una carcajada; pero esta carcajada se perdió pronto en notas falsas, para apagarse luego bruscamente.

—¡Es chistoso, muy chistoso!, dijo el padre. No opinaban así los tíos del muchacho, que murmuraban por lo bajo contra los herejes que llevan sangre francesa en el pellejo.



Jenny, inclinada hacia atrás, escuchaba si algún galope lejano turbaba el silencio del bosque

con el tiempo la olvidaría. Pero no sucedió así. Si su grito eterno evocaba aquella primera ausente, á veces se interrumpía para llamar también á seres más lejanos, á los que pensaban en él en la casa francesa.

Comprendiendo después la inutilidad de sus clamores, encerró sus recuerdos en su pequeña alma imperiosa y ya no volvió á manifestar la sombra de un sentimiento.

No en vano corría sangre acadiana por sus venas; no en vano era descendiente de grandes perseguidos; como los de su raza, sabía guardar un secreto, y había heredado de sus antepasados la larga paciencia y la reflexión; también les debía su constancia tenaz en sus afectos y la manera fría de considerar el odio.

Por instinto, comprendía que su padre era la causa directa de todas sus desgracias, que era él quien hacía llorar á su madre y la privaba de su hijo; entonces, impulsivamente, sin ratiocinios, de que era incapaz á sus años, se acostumbraba á aborrecerlo.

Cuando sus miradas se encontraban, los ojos del niño adquirían un aspecto de acero turbio, sin brillo,

Y sin embargo, estos dos empezaban á no ver muy claro en sus intenciones. Ahora que ya no tenían, para guiar sus voluntades indecisas, la terrible iniciativa de Gottlob, vacilaban, fluctuaban de un pensamiento á otro, y se abandonaban al azar de los acontecimientos.

La única manifestación de hostilidades en que todos estaban acordes era su animosidad para con Clorinda; todos se entendían casi siempre para vigilarla y tratarla como prisionera; servía de blanco á todos sus vanos ataques contra Francia, como si á sus ojos la simbolizase; si ella se daba cuenta de ello, debía aceptar semeiante honor con algún orgullo.

Su marido y sus hermanos se valían también de comparsas indignos en aquellas viles empresas; en su ausencia, Catz y Worms, llenos de rencor, se encargaban de reemplazarlos.

La pobre mujer no podía dar un paso fuera de casa sin que la siguieran miradas malévolas que la espaban. Entonces, enervada por aquella obsesión persistente, volvía á subir á su cuarto y se encerraba en él.

Aquellas raras salidas no tenían más objeto que el de encontrar á Eitel y abrazarlo de paso. Pero mientras Worms espaba á la madre, Catz alejaba al niño.

Ante aquella persecución continua, la francesa pensaba cada vez más en la evasión; pero la quería completa, con su hijo.

Al día siguiente de su entrevista con Rogerio, Carlota, que siempre se había mostrado dulce y tierna con Clorinda, á pesar de las burlas ó de los ultrajes que esto le valía, entró en su cuarto, imponiéndole silencio con el dedo sobre los labios, y le dijo muy quedo:

—Escucha, no me interrumpas; nadie debe saber que estoy aquí. Burgen, el cazador, encontró á Gin-Whisky en Duggall-City. Gin estará aquí esta noche; viene de Halifax; trae periódicos y noticias..., noticias buenas todavía para los alemanes. Por consiguiente, esta noche, los hombres van á beber hasta perder la razón..., y temo por ti. Herberto ha declarado esta mañana á Otón, que se burlaba de él, que sabrá muy bien obligarte... «Cederá de grado ó por fuerza, ha dicho; es mi mujer, y tengo derecho...» Otón se ha reído como siempre, cantando: «¿Por Pascua ó por la Trinidad?» Herberto ha replicado con su aire de mala intención: «Esta tarde será Pascua, y la Trinidad esta noche.» Una vez borracho, será terrible...

—¿Y qué?, interrumpió Clorinda. ¿Qué puedo hacer? ¿Matarme?

—Eso es justamente lo que quiero evitar, contestó tranquilamente la muchacha. He combinado un plan muy hábil que ha de dar resultado. Esta noche, cuando oigas los primeros brindis, á cosa de las nueve, los hombres estarán borrachos; tú saldrás de aquí, bajarás á los patios que estarán desiertos, porque también se beberá de firme en las cantinas; pasarás la barrera y, á la izquierda, bajo las primeras encinas, encontrarás un carruaje que te estará esperando.

—¿Y Eitel?, dijo Clorinda, rehusando ya con el gesto.

—Eitel, repuso Carlota, se encontrará en el carruaje, con Jenny, su niñera, que lo ha preparado todo. El cochero que os conducirá, es su novio, el canadiense Laurent; nunca ha tomado parte en nuestras querellas y lo arriesga todo para complacer á su amiga. Habrá que encontrarles empleo en casa de tu padre. ¿Entendido?

—Muchacha, dijo Clorinda, siempre has mostrado un alma hermosa... Gracias... ¿Pero si tus hermanos supiesen?... su cólera recaería sobre tí.

—¡Oh!, replicó Carlota, ese es otro cantar... Si se tratase de mí, papá despertaría... Pero no sabrán nada... Y cuando estés allí, en tu casa, di á los tuyos que les sigo queriendo..., á todos..., sí, á todos..., y que espero... En fin..., ¡ah!, no olvides tampoco..., no, ¡nada..., nada!. Está bien.

Clorinda la miraba de frente y aquella mirada seria turbaba á la muchacha.

Clorinda repuso:

—Entonces, acepto. Me salvas la vida..., sí, la vida..., porque estaba resuelta á poner término con mis manos á este suplicio, si hubiese durado. Iré á casa de mis padres y me llevaré á mi hijo. ¡Que vengan á buscarlo, si se atreven! ¡Les esperaremos! ¡Ah, gracias!, tú sola me habrás socorrido, tú sola; lo diré á los míos; mi abuela, mis padres, mis hermanas, mis hermanos, todos te querrán aún más...

—Sí, pronunció vagamente Carlota, pensativa; Rogerio se alegrará.

—¿Rogerio! ¿Por qué él más que los otros?, preguntó Clorinda, sin comprender.

Peró, después de un instante de reflexión, añadió con gran dulzura.

—¡Ah!, sí, es verdad. ¡Pobre corazón fiel!

—¿Qué quieres decir?, replicó Carlota confusa, despechada de haber revelado su secreto.

Peró su hermana francesa, con su mirada fija, excitaba á las confidencias y contestó:

—¡La verdad es que aún hay criaturas que se aman, sin tener en cuenta el duelo de las naciones y que son dichosas y que tienen razón!

—¡Sí!, dijo Carlota, ocultando la cabeza entre las manos.

Clorinda esbozó una sonrisa y pronunció:

—Yo veía claro, cuando no lloraba.

Durante todo el resto del día, la madre de Eitel, detrás de las cortinillas de su ventana, espío el movimiento de los patios. A cosa de las seis, vió, en efecto, entrar por la puerta abierta de par en par el carricoche del buhonero con gran ruido de campanillas. Y el buen hombre, haciendo chasquear el látigo, contento de volver á ver tan sinceros amigos, había empezado á gritar desde la entrada para que se le hiciera buen recibimiento:

—¡Albricias, muchachos! Decid á todo el mundo que traigo alegría para los corazones alemanes... Desenganchad el caballo y dadme de beber.

Gin-Whisky, rodeado de Herberto, de Otón y de Guillermo, penetró en la casa donde le esperaba Griffeld con las mujeres, mientras que, tras ellos, la masa de obreros y criados, se agitaba al pie de la escalinata, esperando las noticias.

Pronto se las comunicaron. Era la historia de la Commune de París, la anarquía, la demencia de un pueblo que no podía consolarse de su derrota, reclamando á toda costa cabezas responsables y víctimas expiatorias.

La rebelión, legítima quizá, contra un poder vencido; las matanzas, los incendios, el terror en la ciudad; mientras en Berlín, el emperador Guillermo abría el primer Reichstag del imperio ante los reyes confederados; el favor imperial elevaba al conde de Bismarck á príncipe hereditario, y al viejo conde de Moltke á feld-mariscal.

Las felicitaciones del emperador de Rusia y del emperador de Austria, sus buenos hermanos, hacían reventar de orgullo á los berlineses; la Francia estaba más caída y la Alemania más encumbrada; era la ocasión de beber.

Los Griffeld no dejaron de aprovecharla, á excepción de Hermann, que desde la muerte de Gottlob había renunciado á la bebida.

Para la cena, los hombres que se sentaron á la mesa estaban ya medio beodos, con la pesadez de la cerveza y el ardor del alcohol; sus lenguas pastosas mascaban penosamente sílabas babosas; y el menor chiste provocaba risas idiotas.

Los capataces tomaban parte en el regocijo nacional de sus amos; el viejo Gin, que á pesar de estar borracho como una sopa, conservaba un apetito de dogo, refería, con la boca llena, magníficas historias.

La guerra franco-alemana había sido para él una fuente imprevista de gangas y francachelas. De un extremo al otro del San Lorenzo, de Rimuski á Halifax, se había hecho el gran anunciador de las victorias y conquistas.

Entre los colonos de raza alemana, exaltaba la patria alemana, el provenir de las razas sajonas; entre los franceses, deploraba la injusticia de la suerte, las sorpresas de los combates, y profetizaba en seguida, con heroico énfasis, las amplias represalias y las revanchas futuras.

De este modo, siempre bien acogido, recibido siempre con los brazos abiertos, conocía el regalo de los comedores ricos cuyos dueños le enviaban antes á cenar en la cocina.

Mientras él peroraba extasiado á sus huéspedes, los obreros bebían también en la cantina, brindando por el nuevo imperio.

Herberto había permitido que sacaran toneles de las bodegas y los vaciaran sin contar.

Así es que cuando, en la mesa de los Griffeld, los «¡Hoch! ¡Hoch!» empezaron á resonar, lanzados por voces roncas que querían ser feroces, otras voces, no menos avinadas, les hicieron eco en las dependencias en medio de un tumulto de vociferaciones. Fué una gritería capaz de ensordecer al mismísimo diablo.

—Hoch der Kaiser!

—Hoch der Kronprinz!

—Hoch der Frederick-Karl!

—Hoch der Bismarck!

—Hoch der Moltke!

Los hurras no acababan nunca. Letanía bárbara en que los guijarros del Norte rodaban con plomo. Pero las mujeres permanecían silenciosas, asustadas una vez más por aquella hilera de brutos que rodeaban la mesa, por aquellas cabezas de fieras y por aquellas bocas de energúmeno.

Hermann Griffeld, que lloraba á su hijo muerto, permanecía también taciturno, pensando en los peli-

gros de las borracheras furiosas. Gin-Whisky, soberbio y glorioso, le interpelló de repente:

—¡Eh!, patrón, ¿estáis malo del vientre? Levantáis la copa con mano temblorosa. Diríase que le cuesta trabajo brindar con nosotros.

—Gin-Whisky, contestó lentamente Griffeld, bebe, puesto que tienes de que beber, pero no te metas en los asuntos de los demás. Tengo mis razones.

El buhonero, engreído por su importancia, insistió bruscamente:

—¿Razones?.. No hay razón para poner mala cara cuando toda la Alemania baila en torno de fogatas de regocijo y en cada cabaña se enarbola una bandera...

—Eso, contestó el padre de Gottlob, no me devolverá á mi hijo ni la paz de mi hogar. Cállate, buhonero... Lleva de un lado para otro tus mercancías y tus historias; pero no trates de comprender lo que no está á tu alcance. Tus alcances son cortos.

Gin-Whisky, desconcertado un momento, volvió á levantar el vaso y gritó con más fuerza que nunca:

—Hoch der Germania!

Griffeld se encogió de hombros.

Dieron las nueve en el reloj de madera y cobre colocado bajo un trofeo de caza. Carlota se sonrió, con el corazón más libre; Clorinda y Eitel debían alejarse en pleno bosque, puesto que ningún obstáculo había surgido á última hora.

Cuando Tecla se incorporó en su silla, haciéndole seña, lo mismo que á Cristina, Carlota obedeció sin tardar; la partida estaba ganada.

Las mujeres se retiraron; entonces los hombres, más á sus anchas, soltaron bromas de cuartel y cantaron canciones.

Mientras tanto, en un ligero tilburi, enganchado á un caballito indígena y guiado por un mozo de unos veinte años, de ojos azules y mirada resuelta, dos mujeres frenéticas se dejaban llevar por el túnel de árboles, lejos de los hombres malditos.

Una de ellas, Clorinda estrechaba á un niño en sus brazos: Eitel que iba agarrado á ella, con temor de que lo arrancaran de allí; la otra, Jenny, inclinada hacia atrás, escuchaba si algún galope lejano turbaba, en su seguimiento, el gran silencio del bosque; de vez en cuando, tranquilizaba á Clorinda:

—¡Todo va bien!

Mayo tocaba á su fin; la luna, muy alta, iluminaba débilmente el ancho camino por el cual los faroles del carruaje paseaban su rojiza luz.

En las épocas felices, ¡cuántas veces había recorrido Clorinda aquel mismo camino, que antes parecía un lazo de unión natural y necesario entre las dos casas; aquel camino trazado por sí solo, allanado por las pisadas de amigos yendo á casa de amigos en una época que ahora parecía tan remota!

Así pensaba la fugitiva, estrechando cada vez más á su hijo.

—Más aprisa, Lorenzo. ¡Oh, más aprisa!

—¡Ya no hay peligro, señora!, estamos en tierra francesa; ya se ven brillar, en la colina, las ventanas de vuestra habitación.

Entonces, creyendo al fin en su liberación, Clorinda aspiró con avidez el aire tibio de la primavera, cargado de olores de plantas, y saludó su libertad y su juventud á las puertas de su casa.

Lorenzo había saltado del carruaje; tiró con mano vigorosa de los maderos de la barrera, y, llevando el caballo de la rienda, penetró en el patio, llamando:

—¡Hola! ¡Aquí! ¡Los de la casa!

Alguien se asomó al balcón y vió subir rápidamente los peldaños de la escalinata á una mujer con un niño en brazos; entonces, una voz sorprendida, alegre y sin embargo dramática, gritó:

—¡Clorinda! ¡Eitel!

Y, en la sala, todo el mundo se levantó. Entraba la hija que creían perdida, llevando en brazos al niño á quien lloraban siempre. Ella fué rodeada, asediada, abrazada, ahogada materialmente, mientras otros brazos se disputaban á Eitel, y voces de hombres y mujeres proferían palabras tiernas y frases confusas.

Agarrándose á su padre, Clorinda anunció jadeante:

—¡Padre, padre!, nos persiguen... Van á venir, de seguro... ¡Yo me quedo, ó muero!..., ¡defendedme!

El gran Bricogne irguió su alto cuerpo; corrió al balcón, y, con los puños crispados en el antepecho, como un capitán á la hora del zafarrancho, clamó en las sombras de la noche:

—¡Hola, amigos, muchachos, aquí todo el mundo! ¡Venid todos! Aquí está nuestra Clorinda que se ha evadido y vuelve con su hijo Eitel. ¡Parece que alguien nos la quiere quitar otra vez!

Del patio lleno de gente se levantó gran vocerío. Hombres y mujeres acudían aun de las cocinas, de las cuadras y de los éstablos. Bricogne continuó:

—¡Gervasio, Bartolomé, Planturon, Godofredo,

Nicolet, raza de valientes, vengan hombres y guardad la casa; y nada de pólvora en el aire; el que nos ataque muere! ¡Hoy es un gran día, muchachos!

Y volvió á entrar en la sala, radiante, frotándose las manos.

Eitel, sobre las rodillas de Beltrana como aelada de dicha, formaba el centro de un círculo. Todos le admiraban:

—¡Cómo ha crecido!

—Sus cabellos son dos veces más largos.

—Se parece á su madre...

—Afortunadamente.

El niño dejaba hacer; sin embargo, tenía ganas de dormir.

En la habitación alemana, habían dado las doce y los hombres aún bebían. Hermann, cansado, se había retirado á su cuarto; pero sus hijos se las medían con Gin-Whisky y los capataces que se inundaban de cerveza mezclada con ginebra.

En medio del humo de las pipas, ya no se veían unos á otros. De vez en cuando, una voz ronca, avinada y vacilante entonaba un estribillo ya cantado diez veces; todos lo repetían dócilmente á coro, en un tono monótono, sin saber ya lo que decían. Era muy nacional.

Herberto, por su parte, maravilló hasta á sus hermanos; evidentemente, buscaba valor en la bebida.

—Se le va á ir del todo la cabeza, murmuró Otón, en un resto de lucidez... ¡Vaya una manera!.. ¡Ah!, ¡ah!, ¡Clorinda!

Quiso reír, pero se puso á roncar, con la cabeza inclinada. Herberto continuaba bebiendo.

—Hermano..., ¡eh!, balbuceó Guillermo, piensa que tu mujer te espera, arriba..., no podrás..., subir..., la escalera!..

—¡Cállate, chiquillo!, replicó el gigante, ¡anda, á vomitar en el patio y respeta á los hombres!

Y apuró su vaso lleno de ginebra. Entonces le pareció que todo daba vueltas á su alrededor. Sin cuidarse de sus huéspedes, levantóse pesadamente y salió á tientas...

En el patio, respiró; el aire húmedo y fresco de la noche le devolvió un poco de solidez de piernas y de lucidez de espíritu. Siguiendo el muro en que su mano se apoyaba, dirigióse hacia su casa que formaba el ala izquierda de la habitación común.

Al llegar delante de la puerta, levantó la cabeza, y, á la luz de la luna, miró con estupidez las ventanas del cuarto de Clorinda.

A pesar de su embriaguez, recordaba vagamente haber hecho, tiempo atrás, semejante peregrinación; haber permanecido largo rato en aquel mismo sitio, con incertidumbres, deseos y penas análogas.

De esto hacía ocho meses..., y nada había adelantado.

—¡Ahí está!, murmuró.

Y, después de una pausa, continuó, en un monólogo abstracto, difuso, absurdo, de sublime borracho:

—¡Sí, ahí está! ¡Y yo no estoy..., ahí! ¡No..., no estoy..., y es necesario que vaya! ¡El honor lo exige!

Su voz se hizo grave.

—¡Sí, el honor, el mío, mi honor, el mío..., no el de los otros!.. ¡Es preciso que yo vaya..., ahí! Hay dos caminos: la escalera, que va de un edificio á otro..., cerca de los viejos... Haría demasiado ruido... Y la otra escalera, esta que tengo delante, que sube del patio á su cuarto, mi cuarto, nuestro cuarto... Pero..., es empinada... ¡Cielos, si me caigo, adiós honor!.. ¡Pues bien, no hay más que no caerse, y se acabó!.. Sí, muy fácil de decir..., pero estoy borracho; esta vez, es verdad... ¿Entonces?... Con una escalera de mano, se podría escalar por la hiedra, llegar arriba... Pero las ventanas están cerradas..., y, además, no me siento en disposición de encaramarme en una escalera... Eso es cuestión de gustos...

Cabizbajo, empezó á reflexionar, vacilando sobre sus pies que trataba de juntar sin conseguirlo.

Un hombre, salido en la sombra detrás de él, le escuchaba con una risa silenciosa. Era Gin-Whisky, satisfecho una vez más de ver que seguía siendo el campeón de Europa y de América en la lucha del beber. El buhonero se alejó hacia la buharda en que solía dormir. Herberto no le había visto siquiera.

Con un dedo pegado á la nariz, aún reflexionaba titubeando. ¿Qué resolución tomó luego? No se ha sabido nunca á punto fijo.

Sin embargo, debió subir por la escalera del patio que conducía directamente á su antiguo dormitorio. ¿Cómo llegó hasta allí? ¡Misterio! Con seguridad, la operación fué larga.

En el rellano, encontró la puerta abierta, el cuarto desierto y la cama vacía; y debió comprender, en un momento de lucidez, que Clorinda había huído.

Cayó como herido por un rayo, abatido tanto por el alcohol como por la cólera y la desesperación; por

que, á su manera, amaba indudablemente á aquella mujer.

Al amanecer, una criada le encontró tendido, con la cabeza y los brazos en el cuarto, y las piernas fuera. Tenía el rostro amoratado y respiraba apenas.

Ella empezó á gritar por las ventanas, anunciando lo que ocurría, y de todas partes acudió gente. En un minuto, vigorosos brazos lo cogieron por las piernas y por los hombros, y lo bajaron al patio, desabrochado el cuello y la pechera de la camisa.

Un jarro de agua á la cabeza y una sangría en el brazo le hicieron abrir los ojos y respirar mejor. En torno suyo, voces que le parecían aún confusas y remotas gritaban con terror:

—¡Herberto! ¡Herberto!

Se incorporó y miró á su alrededor, atontado... Bruscamente recobró la memoria y se levantó de un salto.

—¿Y Clorinda?, preguntó.

No le contestó nadie. La huída de Clorinda y la desaparición de Eitel acababan de ser descubiertas, y nadie se atrevía á comunicárselo. Él repitió con violencia:

—¿Y Clorinda?

De pronto tuvo una sospecha y añadió con la lengua pastosa:

—¿Dónde está Eitel?

—Herberto, hijo mío, dijo afablemente Virginia, vuelve en ti..., escucha..., sé razonable... Ya los encontraremos..., ¡yo te lo juro!

—Sí, sí, aprobó Hermann, todo se arreglará, yo me encargo de ello...

El gigante rubio les escuchaba atentamente y sus ojos vagos iban de uno á otro. Entonces preguntó con espantosa calma:

—¿De modo que él también ha partido?

—Sí, contestó Otón, abreviando las explicaciones duras, su madre se lo ha llevado... Encontró cómplices. Indudablemente, á estas horas se hallan en seguridad, en casa de los Bricogne.

Y viendo á su hermano vacilar como bajo un golpe de maza, el joven se apresuró á concluir:

—Por eso vas á ser fuerte, vas á ser un hombre, porque hay que obrar, ¡y pronto!

—¿Oyes?, gritó á su vez Guillermo, sacudiéndole por los hombros. ¿Oyes? Vamos á subir á caballo y presentarnos allí. Vamos á reclamar á tu mujer y á tu hijo, ¿oyes? ¡Vamos á batirnos, á vengarnos, á matar! Vale la pena de hacer un esfuerzo, ¿verdad? Tú eres el jefe; manda. ¿Cuántos hombres nos llevamos?

Al oír estas excitaciones á la energía, Herberto volvió á respirar más libremente; sus miradas se aclaraban poco á poco; levantó la cabeza y dijo en voz baja:

—Sí, sí..., eso es. Yo seguiré..., ¡y ay de ellos!

Súbitamente inclinó otra vez la cabeza, desalentado de nuevo, renunciando á tal empresa, de antemano convencido de la inutilidad de toda tentativa, y murmuró:

—¿A qué recuperarlos? ¿Qué haré yo de ellos?... ¿Prisioneros?... Me odian... ¿El tenerlos por la fuerza me devolverá su amor, las risas, las canciones de los buenos tiempos, la confianza? No... Si mato á alguien allí, será un nuevo motivo de odio. Lo hecho, hecho. Los dos por perdidos.

En torno suyo, le miraban con estupor. Todo lo esperaban de él excepto aquella debilidad, aquella cobarde aceptación de los hechos consumados; los hombres meneaban la cabeza; Catz y Worms se alejaron encogiéndose de hombros.

Entonces Gin-Whisky, adelantándose á su vez, hizo una seña con la mano, guiñó los ojos y propuso:

—Vamos á ver..., á mí me parece que Herberto tiene razón; ¿á qué una nueva batalla..., cuyo resultado es más que dudoso?... Seríais mal recibidos allá... La plaza es fuerte...

—La conocemos, dijo Guillermo.

—Por eso no hay que fiarse, continuó el buhonero. Pues bien, ¿queréis que vaya yo á ver lo que pasa y llevar de vuestra parte palabras de paz? Sería lo más sensato..., si no, eso no acabará nunca...

—¡Vieja lechuzal, gritó Guillermo; hablas como un sin patria que eres; en nada tienes nuestro orgullo, nuestro honor...

—Deja, interrumpió Otón; voy á hacerle renunciar en seguida á sus bonitos proyectos.

Y dirigiéndose al buhonero, le preguntó con su diabólica sonrisa de burla socarrona:

—Gin, desde el 25 de septiembre, desde la famosa noche, has vuelto á Closed-House?

—No, por cierto; todavía no.

—Pues bien; ¿estás seguro de que te recibirían con bendiciones?

—Creo que me recibirían como de costumbre.

—¡Eres viejo, Gin, y has perdido la memoria!..

Aquella noche te dieron mal las gracias por las buenas noticias que trajiste; y me contaron que, á la mañana siguiente, te habías largado sin despedirte de nadie.

—Algo hay de cierto en eso, confesó el hombre..., algo hay de cierto..., pero desde entonces han transcurrido ya ocho meses..., y creo que ahora...

—Pues yo creo que te equivocas. No vayas allá, que no volverán á servirte de beber.

Gin-Whisky calló y se rascó la cabeza. Muchas veces había pensado, no sin alguna inquietud, cómo sería recibido en su primera visita á la casa francesa; y las palabras de Otón despertaban en él antiguas perplejidades. Éste añadió:

—Además, sales de aquí; has pasado la noche bebiendo y gritando con nosotros: ¡Viva Alemania! Y esto ya se sabe allá, aunque no sea más que por los transfugas. Vamos, viejo, no te pongas como árbitro de paz; el papel es demasiado espinoso para ti; te echarían á palos con los perros detrás. Pero nosotros ¿qué hacemos?, ¡porque algo tenemos que hacer!

Entonces, Herberto, que parecía haber recobrado toda su inteligencia, pronunció con voz firme:

—¿De quién se trata? ¡De mí, de mí solamente! ¡Gracias por vuestros consejos, por vuestros ofrecimientos; son inútiles; obraré solo!

Había recobrado su brutalidad habitual, irguiéndose en su fuerza reconquistada. Ni aun sus hermanos osaron insistir; pero acordaron entre sí no perderlo de vista.

Volvió á subir pesadamente la escalera que conducía al cuarto de Clorinda y se encerró en él.

Trancurrió media hora sin que se oyese nada en el interior.

Cristina, delegada por la familia inquieta, fué á llamar á la puerta sin obtener contestación. Miró por el ojo de la cerradura y vió á Herberto apoyado de codos sobre una mesa, con la cabeza entre las manos, los ojos fijos y el aire grave, que meditaba. La muchacha volvió á bajar, indecisa. Carlota, silenciosa, sentía algún remordimiento..., y sin embargo...

En la habitación francesa, la plaza estaba guardada; de un momento á otro, esperaban ver salir del bosque una banda furiosa, conducida por el marido ultrajado.

Aquella mañana, nadie salió: leñadores, pescadores, carreteros, vaqueros, cavadores, jardineros, todos los trabajadores y todos los criados de la casa, convertidos en soldados, descansaban sobre las armas, dispuestos á la resistencia.

Formaban en los patios una tropa respetable y, confiados en su fuerza, hablaban libremente; las mujeres pasaban por entre ellos, valientes también, sonriendo á los hombres.

En un grupo, Lorenzo y Jenny peroraban, contando con grandes gestos la historia de Clorinda, lo que ésta había sufrido en casa de aquellos malditos alemanes.

—Bien le conocéis... Antes ya no se sabía por dónde cogerlo; desde la guerra, está loco furioso.

Y Jenny aprobaba:

—¡Ah!, á ése, preferiría yo verle en la boca de un cañón á verle sentado al lado de su mujer...

—¡Le ha hecho tragar más penas que patatas!, añadió Lorenzo. ¡Lo que la pobre señora ha sufrido!..

Los oyentes se indignaban, manifestando su cólera con imprecaciones y amenazas y apretando las escopetas que tenían en las manos.

Bartolomé dijo en conclusión:

—¡Que vengan, que vengan á reclamarla!.. Después de todo, hace ya demasiado tiempo que nos provocan; por una cosa ó por otra, es preciso que la bomba estalle.

Todos le aprobaban. Era el sentimiento general. Por culpa de los Griffeld, Reinaldo había muerto, y Lucrecia estaba herida, todavía pálida como la nieve; no eran tampoco ajenas al fin lastimoso de Césaré, puesto que la causa de todo era la guerra... Aquello tenía que acabar.

—Tienes razón, interrumpió Gervasio, con su gruesa voz; tienes razón; pero también hemos marcado algunos tantos en la partida: Gottlob y Sandric escabechados; Catz y Worms descalabrados; después de todo, las dadas valen las tomadas.

—No por eso la situación es menos triste, juzgó Planturon, que era hombre de buen sentido; todo eso son pérdidas irreparables..., y además..., y además... No se atrevía á terminar su frase.

—¿Y además, qué?, preguntaron varias voces.

—Y además, no sé... ¿Pero, es que mañana, después de la batalla, todo habrá concluido? No se va á matar á todo el mundo... Y mientras queden hombres, habrá que volver á empezar. Y eso, á la larga, es enojoso, entre vecinos.

—¡Es verdad!

Todos quedaron pensativos. Era, en efecto, una sombría perspectiva, el carácter inexorablemente trágico de aquella loca aventura sin solución.

En la casa, la calma ficticia de las ansiosas expectativas hubiera podido engañar á ojos no avisados.

En torno de Beltrana, de Clorinda y de Eitel, se había formado un grupo de ternuras animosas: Virginia, muy pálida; Lucrecia, olvidando su debilidad; Judit, belicosa; Bricogne, rejuvenecido; Rolando, ostentando su corpulencia; Rogerio, con aire resuelto. Todos se agrupaban junto á los que se trataba de defender; todos vibraban todavía de indignación dolorosa.

Por décima vez, desde la víspera, y siempre escuchada con la misma angustia, Clorinda repetía la lamentable narración de seis meses de sufrimiento y de humillación; por décima vez, recapitulaba, uno por uno, las afrentas, los ultrajes recibidos, atribuyendo á cada cual la parte que le correspondía.

Ella no se cansaba de repetir aquella acusación. ¡Hacia tanto tiempo que reprimía sus quejas!

Se remontaba á los primeros días; pintaba á sus cuñados empeñados en perderla; á su marido entre dos corrientes contrarias; á Hermann, secretamente benévolo al principio, pero cobarde ante sus hijos. Mostraba una Tecla compasiva, pero atemorizada por los gritos de los hombres; una Cristina en seguida hostil, á pesar de tantos motivos...

—¡Una bribona!, gritó Rolando. ¡Ya lo sé; puedes hablar!.. ¡No queda nada aquí!

Así diciendo, se golpeaba violentamente el pecho, sobre el corazón.

Clorinda continuó:

—Carlota era la única que había permanecido tierna y fiel.

—¡Esa es mi amiga!, declaró entonces Judit con ardor... ¡Estaba segura de ella!

A Rogerio le brillaron los ojos y añadió en seguida:

—Carlota no podía mentir al pasado; ella es sincera!

—...Sí, únicamente Carlota y un poco Tecla también. Sin ellas dos, Clorinda hubiera muerto de pena; le hubiera faltado valor.

Contó luego las querellas entre hermanos, en el seno de la sombría familia; querellas de las cuales su marido salía más furioso contra ella; los insultos con que Gottlob, Otón y Guillermo la abrumaban diariamente por ser francesa; las violencias de Herberto, sus amenazas á puño cerrado, sus dedos á punto de estrangularla, cuando Eitel, para defenderla, le mordió.

Cada vez, en este pasaje, se alzaba un rumor sordo. Eitel era admirado tristemente.

Clorinda explicó también que, para aislarla mejor, no se hablaba más que alemán en torno de ella, y que, de este modo, vivía en un círculo del cual se hallaba ausente.

Cansada de tantos males, se retiró á su cuarto para no volver á parecer entre sus enemigos. Entonces Herberto le quitó á su hijo. Y, sin Tecla, Carlota y la criada Jenny, aquella separación hubiera sido absoluta; fraudulentamente había podido ver al niño de vez en cuando, aunque por breves instantes...

Refirió cómo la tuvieron cautiva, vigilada, cuando quiso correr á la cabecera de Reinaldo moribundo.

A estas palabras, los circunstantes bajaban la cabeza á punto de llorar; las almas son así: la muerte del brutal muchacho era profundamente sentida...

—Figuraos, continuó: fuera, el espantoso invierno, y en torno mío, hombres más feroces que lobos; y, además, ¡la idea de la muerte á cada instante! Figuraos: vivir encerrada con brutos amenazadores, con aquellos miserables que se habían puesto á beber brindando por sus príncipes... Sola, contra todos, obligada á presenciar cómo ultrajaban á mi país y á mi familia... y luego... luego... algo todavía más horrible.

Y como todas las miradas la interrogaban con angustia, ella terminó con un gesto breve:

—No puedo decirlo... En fin, al principio, el amor de aquel hombre... ¡Más tarde, nada!.. Yo le hubiera matado.

En medio de un gran silencio, cada cual reflexionaba; y Jerónimo pensaba á qué pasos de gigante puede marchar el odio y qué ruinas acumula en su camino maldito.

Las palabras se hicieron raras... El tiempo transcurría con lentitud.

—¿Qué hacen?, murmuró Virginia... A estas horas, deben saber lo que pasa.

—¡Se tientan la ropa!, replicó Rogerio, con una ligera risa, que no encontró eco.

De vez en cuando, alguno iba á asomarse á las ventanas abiertas, dirigiendo una mirada á los contornos por donde no parecía nadie.

Lo único que se veía eran los hombres destacados para vigilar los caminos y que se dibujaban como manchas oscuras sobre las verdes praderas.

—¿Y si no se mueven?, sugirió Rolando. ¿Nos vamos á pasar así todo el verano?

Beltrana habló:

—Es imposible que hoy mismo no pase algo. Alguien vendrá seguramente... quizás un mensajero de paz.

—Haría mal, dijo el padre meneando su cabeza gris; ¿qué podría proponer? ¿Qué podría conseguir? Herberto no puede renunciar á su mujer y á su hijo; tiene en su favor la legalidad, las apariencias del derecho; y nosotros no se los podemos devolver; y tenemos el corazón y la razón de nuestra parte.

Hubo un silencio triste. Porque allí, como en los patios, los amos como los servidores no veían medio de solventar la cuestión. Pero no querían detenerse en semejantes conjeturas que no hubieran hecho más que debilitar los ánimos á la hora del peligro inminente.

A cosa de las diez, hubo una alarma; uno de los centinelas avanzados vino á señalar la presencia de un hombre que se acercaba por el camino de Griffeld. Momentos después, el mismo aviso corrió de boca en boca y llegó hasta Bricogne: «Acababan de reconocer á aquel hombre: era Herberto, que venía solo.»

Un movimiento de emoción dislocó á los grupos. Con una mirada, Jerónimo consultó á su madre y á Virginia. ¿Qué hacer? ¿Recibirlo ó echarlo? Rolando zanjó la cuestión diciendo:

—Voy allá.

—¿Adónde?

—A su encuentro. Es mi derecho, soy el mayor... Herberto y yo tenemos la misma edad; el asunto está entre nosotros dos. Le esperaré delante de la puerta y nos explicaremos. Si ha lugar á que luego le escuchéis, haré pedir vuestro parecer.

—¡Sea!, dijo Jerónimo... ¿Pero estarás tranquilo? El joven contestó:

—Tranquilo como el derecho, y como la fuerza. Sonrió á las mujeres, las tranquilizó con un gesto y fué al encuentro de su cuñado. Como armas, había conservado un revólver que funcionaba libremente en un estuche abierto que colgaba de su cinto, y un cuchillo de caza, una especie de machete de que los hombres de las selvas no se separan jamás.

Con los brazos cruzados, obstruyendo casi del todo la puerta con sus anchas espaldas, esperó. Detrás de él, Bricogne, que había bajado á su vez, daba órdenes breves y terminantes. En un minuto, su tropa se escalonó á lo largo de las empalizadas, con las escopetas en sus manos robustas. Había que preverlo todo; detrás de Herberto, podían venir otros.

Bricogne, con una mirada circular, revistió su guarnición; satisfecho sin duda, subió pesadamente, apoyándose en el pasamanos, las gradas de la escalinata y fué á reunirse otra vez con los suyos.

Herberto apareció en medio de la avenida principal; marchaba á descubierto, sin precaución; no llevaba arma alguna aparente, ni siquiera un bastón de marcha; sus manos vacías se balanceaban á cada lado.

Miraba, de lejos, la casa francesa con ojos vagos, pero cuando vio salir al amplio balcón del primer piso—entre Beltrana y Virginia, y en medio de Bricogne, Lucrecia, Rogerio y Judit—á Clorinda con Eitel de la mano, palideció terriblemente y tropezó con las piedras del camino.

Pero siguió avanzando. Cuando ya estuvo á unos treinta pasos, en medio de un patético silencio, Rolando, sin hacer el menor movimiento, lo detuvo gritándole:

—¡Alto!

El otro obedeció maquinalmente. Era evidente que no estaba ya en toda su razón, que venía sin objeto preciso, simplemente impulsado por alguna loca esperanza. Rolando añadió:

—¿Qué quieres? ¿Quién te permite entrar en territorio nuestro? Contesta. ¿Qué quieres?

—Quiero mi mujer y mi hijo, contestó Herberto, señalando con el dedo á los dos seres que reclamaba y cuya vista redoblaba su demencia.

—¡Ya no tienes mujer, ya no tienes hijo, eres un esposo y un padre indigno, desposeído de todo derecho! Además, no hay discusiones posibles; lo que hay son hechos. Nos negamos á entregarte tus víctimas cuya sangre es la nuestra, y te contestaremos á tiros. ¡Vete...!, puesto que te encuentras solo!

Herberto, extendiendo, retorciendo sus brazos en una convulsión epiléptica de su cuerpo formidable, reprimió el furor que hervía en él, y pronunció:

—No os pido más que una cosa: dejadme solamente hablar con Clorinda... Hay recuerdos que... Quizá cambiará de idea. No podéis negarme esto; que yo le

hable, aquí, en el patio, de lejos... Ved, no llevo armas; vengo solo y vosotros sois más de treinta... ¿Qué teméis?

—Gervasio, dijo Rolando al leñador más próximo, ve á consultarlo con mi padre y Clorinda: ¿debemos escuchar á este hombre?

Transcurrieron cinco minutos que parecieron muy largos. Gervasio volvió y dijo:

—Se acepta, como se ha dicho: á distancia.

—Bien, aprobó Rolando apartándose de la puerta; ¡entra, Herberto Griffeld! ¡Gervasio, Planturon, registradlo!

—He dicho que no llevo armas, repuso el alemán; podías creerme.

—¡No!, replicó Rolando.

Herberto se encogió de hombros y, con los brazos levantados en el aire, se dejó registrar por rudas manos sin miramientos.

—¡Nada!, dijo Planturon.

—¡Nada!, repitió Gervasio.

—¡Vamos!, dijo Rolando. Acompañó á Herberto y lo detuvo á diez pasos delante de la casa.

—Aquí estás bien. ¡Canta!

—Rolando, pronunció Herberto con voz sombría; quizá haces mal en hablarme así...

El francés se echó á reír:

—¿Escrúpulos contigo?, ó bien, ¿qué?, ¿amenazas?.. ¡No, no, canta, te digo!

Herberto miró á su antiguo amigo, y había tal expresión de desesperación en su mirada que el joven se apiadó un momento y ya se arrepentía de haberse mostrado tan duro. Pero Herberto, levantando la cabeza hacia el balcón en que el grupo silencioso de los Bricogne esperaba sus palabras, dijo con voz lenta:

—¡Vosotros todos, que me escucháis, procurad olvidar nuestras querellas y procurad ser justos! Todo nos divide, todo nos separa; pero por cima de los rencores nacionales, está la humanidad. Soy alemán, vosotros sois franceses; no por eso soy menos el marido de Clorinda; no por eso Eitel deja de ser mi hijo. Todas las leyes del mundo declaran que me pertenecen y que tengo el pleno derecho de reclamármelos.

—¡Nosotros tenemos el derecho de la fuerza!, gritó Rogerio desde el balcón. ¡Antes lo proclamasteis vosotros; llegó nuestra vez!

—¡La fuerza!

Herberto repitió esta palabra con un hipo sordo; una oleada de sangre le subió á la cabeza, inyectando aún más sus ojos ya encendidos. Pero hizo un inmenso esfuerzo de voluntad, dominó su cólera y continuó, aunque en un tono menos tranquilo:

—Os había suplicado que fueseis justos, y no lo sois...

—Rogerio ha hecho mal, dijo Bricogne; ¡continúa!.., aunque tu pista es mala y á nada conduce. Pero sigue. ¿Qué más?

—¿Qué más?, balbuceó el gigante que había empezado su discurso como una lección aprendida de memoria, cuyo hilo perdía en las interrupciones... ¿Qué más?

Y divagó:

—Hace seis años, más de seis años; ¿Clorinda se me entregó libremente? ¿Sí ó no?

—¡No te conocía!

—¡Has cambiado desde entonces!

Los que contestaron fueron Rolando y Rogerio. —¡Silencio!, gritó Jerónimo; replicaremos cuando haya concluido.

Herberto Griffeld continuó con frases entrecortadas, al azar de las ideas que se agolpaban á su mente confusa.

—Entonces ella me amaba... ¿A quién se le hubiera ocurrido separarnos?.. ¡Ah, sí!, vivíamos en buena armonía... Y hasta... hace ocho meses, había medio de arreglarse... No tenía más que reconocer los hechos... someterse á los acontecimientos... ¿Es que una mujer no toma la nacionalidad de su marido?.. Ved lo que sucede con las reinas, en Europa... No, ella se ha obstinado... Ha sido una testaruda... Os prefería á mí... aquí está toda la cuestión... ¡Prefería su familia á su marido!.. Y, entonces sucedió lo que había de suceder... ¡Ah, si era triste para ella, no era divertido para mí!

Miraba hacia el balcón, y luego en torno suyo, para ver el efecto que su arenga producía; y ante los rostros impávidos y desdeñosos, consideraba su causa perdida... Sintióse el corazón sumergido en una fría oleada de desesperación; y bruscamente, con los brazos tendidos hacia la casa y en una inflexión de angustia irresistible, exclamó:

—¡Clorinda! ¡Clorinda!

Y Clorinda, hasta entonces impasible, que permanecía casi oculta entre Beltrana y Virginia, estremecióse y se asomó en el vacío, como magnéticamente atraída.

(Se continuará.)

EL MAESTRO FRANZ LEHAR

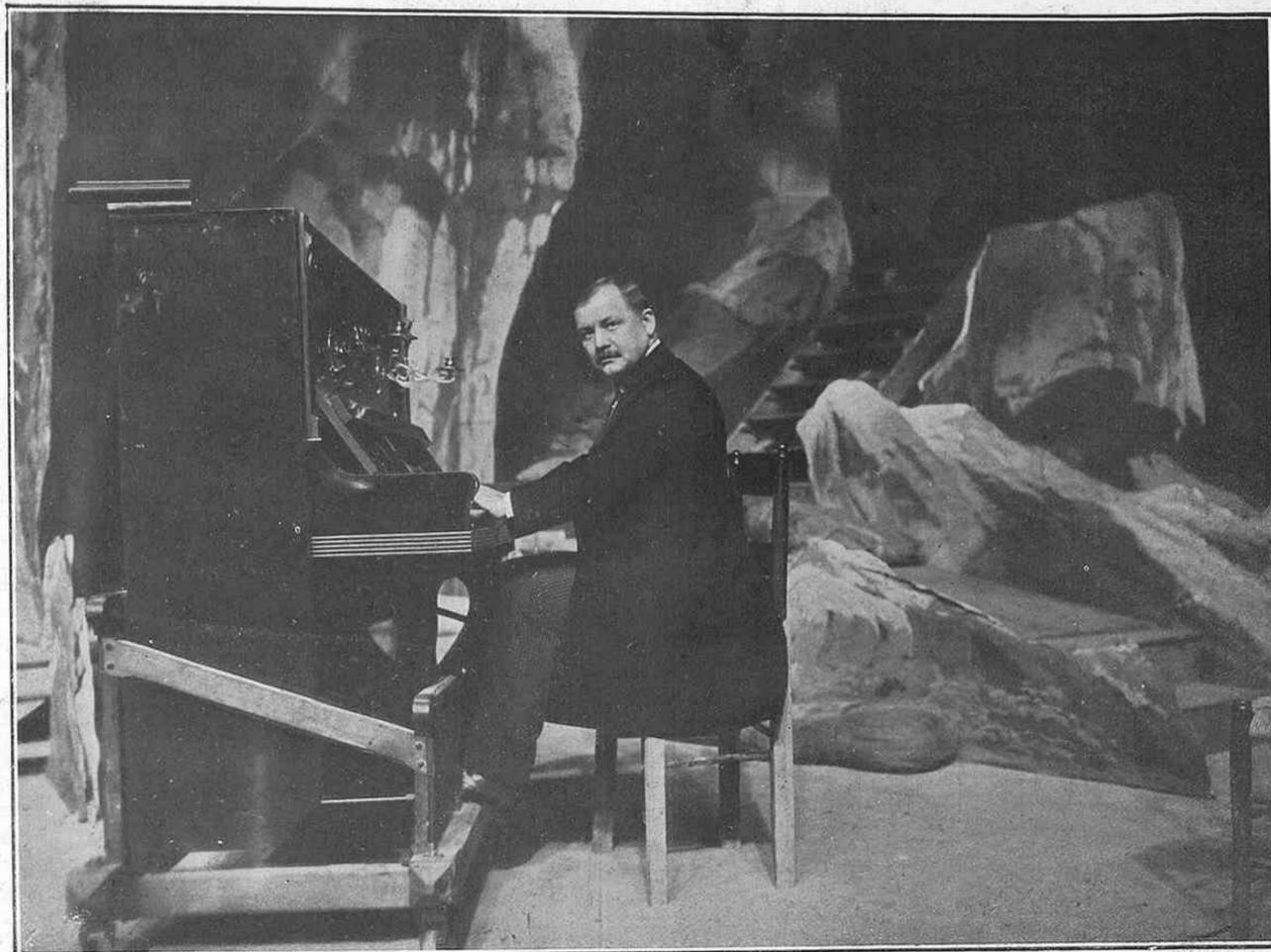
Pocos compositores gozan actualmente de la popularidad de que disfruta el vienés Lehar, y pocos ó ninguno han alcanzado tanta celebridad y tanto provecho en menos tiempo. Hace unos años, apenas era conocido, pero dió á la escena *La viuda alegre* y bastó esta obra para que todo el mundo le conociera, le aplaudiera y le admirara.

El éxito de aquella opereta fué inmenso y á poco de estrenada en Viena recorría triunfalmente todos los teatros del mundo, valiéndolo á su autor una verdadera fortuna.

No menos grande ha sido el de su otra opereta *El conde de Luxemburgo*; lo que con ella acontece en Barcelona, en donde se representa en tres teatros, Novedades, Tivoli y Nuevo, dará idea de lo que en todos los demás países ocurre.

Y estos éxitos son merecidos, pues la música de Lehar es de lo más bello que en su género se ha producido; sus valsés, sobre todo, son deliciosos, inspiradísimos.

Actualmente el maestro Lehar se encuentra en Roma, en donde dirige con gran aplauso su nueva opereta *El hijo del bandido*.



El maestro Franz Lehar, autor de *El conde de Luxemburgo*, que con tanto aplauso se representa en los teatros Novedades, Tivoli y Nuevo de esta ciudad y que actualmente se encuentra en Roma dirigiendo con gran éxito su nueva opereta *El hijo del bandido*. (De fotografía de Carlos Abeniagar.)

BREVIARIO DEL CHAUFFEUR, por el Dr. R. Bonnier, traducción de la tercera edición francesa por D. José María Samanigo. - Obra de suma utilidad para los automovilistas, quienes aprenderán en ella todo cuanto se refiere á la cons-

*Cauce hondo* es una novela interesantísima, una tragedia de almas hermosamente pensada y escrita, y á la bondad del original corresponde la de la traducción, debida á nuestro distinguido colaborador Angel Guerra. *Cauce hondo*, que forma parte de la Biblioteca «Patria», es un tomo de 118 páginas y se vende á una peseta.

CRÍTICA LITERARIA (1878-1882), por Juan Valera. - Colección de artículos del eximio escritor sobre el *Fausto* de Goethe, las *Poesías* de Amador de los Ríos, la *Historia de los heterodoxos españoles* de Menéndez y Pelayo, D. Ventura de la Vega y las *Poesías* de don Marcelino Menéndez y Pelayo. Un tomo de 294 páginas, el XXV de las «Obras completas de D. Juan Valera», impreso en Madrid; precio, tres pesetas.

PROTOCOLO PEDEMONTE - MOSQUERA, por Carlos Paz Soldán. - Folleto de 12 páginas, impreso en Lima en la Imprenta Liberal y en el que se demuestra la no existencia del supuesto protocolo que se dice firmado en 1830 entre el Perú y Colombia y que hoy sirve de fundamento al Ecuador para sus pretensiones en la cuestión de límites con el Perú.

SERIE DE CARTAS AL SENTIDO COMÚN, por G. Romero Guerrero. - Colección de artículos en los cuales, con recto criterio, se tratan los más diversos asuntos, económicos, científicos, literarios, etc. Un tomo de 210 páginas impreso en

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN POR AUTORES Ó EDITORES.

LA VESTAL, ópera en tres actos, libro francés de Jouy, música de Gaspar Spontini. Versión libre al castellano y versión catalana adaptada á la música de Joaquín Pena. - Tratándose de una nueva obra del ilustrado músico y literato Sr. Pena, que en tantas otras ha demostrado su singular competencia en esta clase de trabajos y que tanto ha contribuido á fomentar la cultura musical, ocioso nos parece decir que las versiones de *La Vestal*, especialmente la catalana, adaptada á la música, son perfectas. El libreto, que tiene 96 páginas, forma parte de la Biblioteca «L'ópera clásica» que se publica en esta ciudad y se vende á una peseta.

trucción y á las partes constitutivas de los automóviles y de las motocicletas, al funcionamiento normal de los mismos, á las causas de su funcionamiento defectuoso y á la manera de remediar todos los accidentes que en la marcha pueden ocurrir. Un tomo de 532 páginas ilustrado con 187 figuras, editado en Madrid por P. Orrier; precio, ocho pesetas.

CAUCE HONDO, por Carmen Silva, traducción y prólogo de Angel Guerra. - El nombre de Carmen Silva, seudónimo de la reina Isabel de Rumanía, es harto conocido y celebrado en todo el mundo para que sea necesario encomiarle. Su obra

Bilbao, en la imprenta de Vidorreta.

HOSPITAL D'INCURABLES, por Francisco Puig y Alfonso. - Conferencia dada en el Fomento del Trabajo Nacional el día 15 de abril de este año. Un folleto de 32 páginas.

ELEMENTOS DE SOLFEO Y CANTO CORAL PARA USO DE LAS ESCUELAS PRIMARIAS, ELEMENTALES Y SUPERIORES, por Eduardo Carriel. - Primer libro en notación modal cifrada, para el tercer año elemental. Un tomo de 78 páginas editado en México por el autor.

Revelacion de Secretos Sorprendentes

LA VIDA ÍNTIMA DEL HOMBRE Y DE LA MUJER PUESTA AL DESCUBIERTO

Oferta generosa de un eminente especialista californiano. Regalo de dos libros maravillosos absolutamente gratuitos á todo lector.

¿O; gustaría saber qué dirección debéis seguir en la vida para obtener el mayor éxito y ganar todo el dinero posible? ¿Deseáis ejercer una influencia omnimoda y una sugestión irresistible sobre aquellas personas que os rodean de continuo? ¿Queréis conocer el carácter y los secretos íntimos de las gentes que encontráis en vuestro camino? ¿No sentís deseo de descubrir la secreta senda que conduce al corazón humano?

El misterio de vuestra existencia entera está encerrado en las líneas de vuestra mano. Vuestras aptitudes y talentos particulares se muestran allí con meridiana claridad. Sabed que hay personas que ganan 50 francos semanales de salario cuando, en realidad, deberían ganar 200. Es que siguen una falsa vocación. ¡Quizá vosotros mismos os contáis en ese número!

Enviad vuestro nombre y dirección, y os remitiremos, á título absolutamente gratuito, los dos libros más interesantes que podéis leer, «La mano del destino» y «El templo de la sabiduría.» Estas obras explican al detalle un método maravilloso para descifrar el carácter personal, método que lleva en sí el poder de dominio sobre la humanidad, y que no fallará en proporcionaros el triunfo en cualquier empresa, profesión ó negocio.

Centenares de negociantes é industriales, abogados, médicos y eclesiásticos practican á diario los secretos de esta ciencia sorprendente.

«Su método de influencia personal - escribe el Sr. R. J. Shoemaker, de Goldfield, Nevada - me ha dado el triunfo que esperaba. Es un imán. No se trata de probabilidades, sino de fenómenos científicos. Me ha hecho conocerme á mí mismo tanto como á los otros.»

El Sr. Chas Simkins, de Thamesville, Ontario (Canadá), dice: «Su método es el agente más admirable que existe para hacer más perfecto al hombre. Todos aquellos que lo conocen serán verdaderas potencias en este mundo, y alcanzarán éxitos y felicidad.»

Este novísimo método de estudiar el carácter os permitirá conocer los más recónditos secretos de la naturaleza y modo de ser de una persona, ejerciendo al mismo tiempo sobre ésta una influencia poderosa é irresistible, según vuestro capricho ó necesidad. Esta influencia es cien veces más poderosa que las amenazas y las reprensiones. Tendréis el secreto de la salud perfecta. Conseguiréis el remedio que cura todas las enfermedades, sin drogas ni medicamentos, y sabréis el procedimiento misterioso que permite alcanzar la salud y la influencia personal en tiempo diez veces menor que el necesario con cualquier otro método.

Si deseáis conocer los secretos de fortuna que proporciona nuestro método, enviad vuestro nombre y vuestra dirección á The Chirollogical College of California, Inspiration Point, Echo Park, Dept. 11. B, Los Angeles, Cal. (E. U. de A.), y os serán remitidos inmediatamente, gratis y franco, nuestros libros «La mano del destino» y «El templo de la sabiduría.» Franquead vuestras cartas con un sello de 25 céntimos, ó enviad simplemente el nombre y dirección en una tarjeta postal de 10 céntimos.

LA SAGRADA BIBLIA

Traducida de la vulgata latina al español, por D. FÉLIX TORRES AMAT, dignidad de Sagrista de la Santa Iglesia Catedral de Barcelona, Obispo de Astorga, etc., etc. - Nueva edición acompañada del texto latino é ilustrada con 230 grandes composiciones dibujadas por Gustavo Doré, y profusamente ilustrada con viñetas intercaladas en el texto, corregida por el Rdo. P. D. Ramón Boldú, con licencia de la autoridad eclesiástica. - Cuatro tomos gran folio, 110 pesetas pagadas en doce plazos mensuales.

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES. - BARCELONA

ANEMIA DEBILIDAD Curadas por el Verdadero HIERRO QUEVENNE El más activo y económico, el único inalterable. - Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, París.

APIOLINA CHAPOTEAUT



Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones asi como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas.

PARIS, 8, Rue Violenne y en todas farmacias.

SALUD DE LAS SEÑORAS



Carlos III firmando la paz con los embajadores de la Regencia de Túnez.—Escipión devuelve á Alucio su prometida, prisionera de guerra. Frescos de Pedro Pablo Montaña que decoran los salones del palacio del Gobierno Civil de Barcelona y que han sido recientemente restaurados por el pintor Sr. Borrás Abella (De fotografías de nuestro reportero Sr. Merletti.)

Merced á la solicitud, al desinterés y al amor al arte de D. Buenaventura Muñoz, hasta hace poco gobernador de Barcelona, se han efectuado en el palacio del gobierno civil importantes obras de restauración, la principal de las cuales ha sido indudablemente la que ha permitido salvar del peligro de su pronta y total desaparición los hermosos frescos pintados por el famoso artista catalán Pedro Pablo Montaña á fines del siglo XVIII y que decoran algunos de los salones de aquel edificio.

La restauración ha sido obra del notable pintor Sr. Borrás Abella, quien ha cumplido admirablemente su difícil cometido armonizando tan perfectamente la parte vieja de las pinturas con los fragmentos nuevos, que las composiciones se nos ofrecen como recién salidas de manos del autor, según puede verse por las dos que adjuntas reproducimos. Nuestra más cordial felicitación al Sr. Muñoz y nuestros más entusiastas aplausos al señor Borrás Abella.

Las Personas que conocen las **PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS** no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

**AVISO Á LAS SENORAS**  
**EL APIOL DE LOS SEÑORES JORET Y HONOLLE**  
 CURA LOS DOLORES, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS  
 F<sup>ca</sup> G. SÉGUIN - PARIS  
 165, Rue St-Honoré, 165  
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

**PUREZA DEL CUTIS**  
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
 ó Leche Candès pura ó mezclada con agua, disipa PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA SARPULLIDOS, TEZ BARROSA ARRUGAS PRECOCES EFLORESCENCIAS ROJECES.  
 Pone y conserva el cutis limpio y terso.  
 Casa CANDES, 16 St-Denis, 16

**ANEMIA + CLOROSIS**  
 APROBACION de la ACADEMIA de MEDICINA de PARIS  
 Las Auténticas **PILDORAS DE BLANCARD** de Paris (2 ó 6 al dia)  
**no se venden sueltas**  
 EXÍJANSE LA FIRMA Y EL RÓTULO VERDE  
**JARABE DE BLANCARD**  
 Inalterable (2 ó 3 cucharadas al dia)  
 DESCONFIESE de los SIMILARES INEFICACES  
**LEUCORREA + DEBILIDADES**

**VIDA DE LA VIRGEN MARÍA**  
 CON LA HISTORIA DE SU CULTO EN ESPAÑA  
 Dos tomos en folio, ricamente encuadernados, 100 pesetas

**PATE EPILATOIRE DUSSEY** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Exito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empiésese el **PILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.